LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

ALBA Y OCASO DEL PORFIRIATO



CENTZONTLE

Alba y ocaso del Porfiriato

Luis González y González



Primera edición, 2010
Primera edición electrónica, 2012

Esta publicación forma parte de las actividades que el Gobierno Federal organiza en conmemoración del Bicentenario del inicio del movimiento de Independencia Nacional y del Centenario del inicio de la Revolución Mexicana.

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672
Fax 55 5227-4694



ISBN 978-607-16-0891-8
Hecho en México - *Made in Mexico*

Colección CENTZONTLE *honra con estas páginas la memoria de Luis González y González, uno de los mejores historiadores de México. Íntegro y honesto, don Luis fue un lúcido intelectual que combinó siempre su infatigable labor de investigación con una ilimitada bonhomía; pocos árboles de la cultura mexicana han dado tanta y tan generosa sombra, pues son muchas legiones de alumnos, admiradores, lectores y seguidores quienes pueden dar fe de la sabia orientación y comprometida exigencia que irradiaba don Luis, en pos de recorrer todos los rincones posibles del ancho y amplio pretérito de nuestra historia.*

Distinguido con no pocos galardones a su obra y siempre presente en los debates en torno a la conciencia nacional, los enredos de nuestro pasado, las características de nuestra idiosincrasia y maneras de memoriar, González jamás abandonó su ecuménica sencillez y su ecuánime serenidad. Sin embargo, fue un lector apasionado y un incansable gambusino de los datos más minuciosos; contrario a la monumentalidad de las estatuas, supo bajar a los héroes de sus pedestales y procurar conocerlos en carne y hueso; atento a las querencias más entrañables, reveló la grandeza que tienen las cosas mínimas, la trascendencia de lo minúsculo, la voz de los anónimos y el sentir del terruño por encima de los sentimientos del territorio. Don Luis debe su grandeza a la maravillosa historia universal que realizó en torno a su pueblo natal, San José de Gracia, titulada Pueblo en vilo *y por la cual es considerado padre de la microhistoria, esa forma de historiar que nada tiene que ver con el acartonamiento de la mnemotecnia o la pedantería, la que se realiza con amor por los habitantes y lugares de determinado espacio historiable, valiéndose por igual del archivo documental y la vasta bibliografía, como del habla y sapiencia que guardamos todos en la memoria.*

Habitante de una torre morada que mandó construir en su pueblo natal, González fue —como Quevedo o Montaigne— un hábil conversador con los difuntos, que sabía escuchar con su atenta lectura las voces del pasado. Salvó así de la amnesia a muchos personajes y pasajes de nuestra historia y lo hizo valiéndose de una prosa accesible a cualquier lector. De hecho, pocos historiadores como Luis González merecen ubicar sus obras entre los estantes de la mejor literatura: coetáneo y coterráneo de Juan José Arreola y Juan Rulfo, también los libros de historia de don Luis bien pueden enlistarse al lado de los grandes cuentos y novelas.

Aunque sus recorridos por el pasado de México no tuvieron limitación, pues bien podríamos afirmar que no dejó sin revisión ninguna época de nuestra historia, en estas páginas reproducimos el fiel retrato que realizó sobre el Alba y ocaso del Porfiriato *y la semblanza generacional de los llamados «científicos». Se trata de textos que explican con notable claridad y detalladas circunstancias el ascenso y la consolidación del régimen que encabezó el general Porfirio Díaz, régimen que marcó la definición del México moderno con un aura de utopía, y su progresiva decadencia que lo llevó al abrupto desenlace que desencadenó la Revolución mexicana. González realiza aquí un luminoso óleo verbal que muestra tanto el semblante polifacético del México porfiriano, al tiempo que revela la radiografía de sus entrañas: las contradicciones e injusticias, los logros y descalabros, la desigualdad y la omnipotencia que lo fueron minando conforme se apoltronó en el ánimo de la nación.*

El lector confirmará que Luis González ha dejado un ejemplo digno de contagio: la sosegada avidez por conocer lo más y mejor posible las razones y los motivos, las circunstancias y los hechos de nuestro pasado, bajo la honesta convicción de rescatar del olvido la memoria que nos justifica.

Vida nueva

El invierno con que cierra el año de 1887 y abre el de 1888 es uno de los más alegres y confiados de toda la historia de México. El frío apenas se siente. No hay heladas fuera de las comunes e indispensables para destruir las plagas que genera el temporal de lluvias. Algo de ideal tiene aquel invierno pues a partir de él se empieza a celebrar el primer día del año. Hasta entonces era una diversión propia de los británicos; desde entonces da en ser tan mexicana como las posadas precursoras de la Nochebuena.

A principios de 1888 pareció que la política inmigracionista acababa de dar con la clave: acoger en México a los extranjeros mal vistos en sus patrias por sus ideas innovadoras, por querer poner en práctica «la hermandad entre los hombres, el amor en vez de la competencia, el apoyo mutuo y la cooperación en lugar de la lucha». En el invierno del 87-88 se afianza el falansterio de Topolobampo sobre las bases de la supresión de la propiedad privada y de la moneda y la construcción colectiva de caminos y escuelas. «Topolobampo sería la ciudad laboriosa de donde quedarían excluidos los holgazanes; cada colono haría el trabajo que le señalara el Consejo de Administración de la colonia, de acuerdo con su capacidad.» Cada colono recibiría del Consejo lo necesario para cubrir sus necesidades. Colonos de los Estados Unidos y de varia condición vienen a probar fortuna en el falansterio donde estaban

abolidos los impuestos y los castigos, donde todo era de todos y todos eran responsables de la felicidad de cada uno. Dirigidos por Albert K. Owen, un cuarentón utopista, descubren la bahía de Topolobampo. Unos hacen su llegada en buque; otros, en carreta. A comienzos de 1888 toman en alquiler La Logia, un rancho de Zacarías Ochoa. Al mismo tiempo deciden editar un periódico en cuyo primer número se lee: «La maravillosa belleza del mar y el cielo, de los cerros y el valle, entró para siempre en nuestros corazones… Los Alpes, coronados de nieves eternas, son magníficos, pero helados; aquí todo es bello, ardiente y colorido… Las auroras y los crepúsculos son magníficos». El mismo periódico dice: «En unos cuantos años habrá aquí cientos de miles de sinaloenses progresistas y esta región de México llegará a ser uno de los mejores lugares sobre la faz de la tierra».

Simultáneamente, en el mero corazón del norte, del desierto, surge otra población, aunque ésta bajo el signo capitalista. En Torreón se juntan los rieles del Ferrocarril Central que van de México a Paso del Norte con los del Ferrocarril Internacional que vienen de Piedras Negras. Torreón, que era un mero nombre, a partir de esa fecha adquiere la responsabilidad de convertirse en centro administrativo y mercantil de La Laguna, la mayor comarca agrícola uncida al progreso durante el Porfiriato. Unos días después, hay otra celebración por el arribo del tren a la segunda ciudad del país, Guadalajara, cabeza del occidente. Y como si todo esto fuera poco, en el mismo mes de marzo, en Laguna de Términos, se unen los cables que unirán telegráficamente al resto de la república con la península de Yucatán. Los comerciantes, como principales beneficiados de las obras de comunicación y transporte, le ofrecen al presidente Díaz un convite en el Castillo de Chapultepec. Allí se remachan las ideas clave del progreso: la colonización de las tierras vírgenes, el ferrocarril y el telégrafo,

las inversiones y los empréstitos foráneos, el orden, la política de conciliación y la presencia del general Díaz en la suprema magistratura del país. El presidente es aclamado ese 12 de enero como el héroe de la integración nacional, la concordia internacional, la paz y el progreso.

Como pacificador se apunta un nuevo triunfo entonces. Cae en poder de las autoridades Heraclio Bernal, que llevaba muchos años de hacer el papel de bandido generoso y de poner en ridículo a los generales Ángel Martínez y Domingo Rubí. Hacía poco que la guachada venía ofreciendo 10 000 pesos por la cabeza del Rayo de Sinaloa. A principios del 88, Crispín García, compadre y seguidor del bandolero, denuncia la cueva donde Bernal se encontraba. Esa misma noche, guiados por Crispín, los dragones subieron hasta el escondite de Heraclio y se toparon con un hombre difunto que lucía un agujero en una pierna y otro a media frente. ¿Quién lo había matado? Se dijo que Crispín, por órdenes de Heraclio. Según eso, éste estaba muriéndose de una enfermedad cuando le dio la orden a su compadre de rematarlo para que no se les fueran a ir los 10 000 pesos ofrecidos por los guaches. Como quiera, la hazaña de su muerte se la abonaron a la tropa de Díaz para que el dictador fuera más héroe de la paz todavía. El corrido que se compuso a raíz del hecho también da a entender que Heraclio Bernal fue asesinado. Quién no recuerda de ese corrido, por lo menos las estrofas que dicen:

Qué bonito era Bernal
en su caballo joyero.
Él no robaba a los pobres
antes les daba dinero.
Vuela, vuela palomita
vuela, vuela hacia el nogal
ya están los caminos solos:
ya mataron a Bernal.
Vuela, vuela palomita
vuela, vuela hacia el olivo
que hasta Porfirio Díaz

lo quería conocer vivo.

En aquel famoso invierno del 87-88 Díaz conquistó también el título de «restaurador del crédito nacional». A fines de 1887 contrató un empréstito por 10 millones y medio de libras esterlinas que serviría para rescatar los bonos de la deuda de Londres y de la Convención inglesa, así como para amortizar la deuda flotante que causaba interés. A ese empréstito el *Times* de Londres lo llamó «una recaída en el antiguo sistema "del plato a la boca" que es lo más deplorable». En México fue considerado síntoma de la fe que nos tenían los extranjeros, del buen crédito que ya teníamos en Europa.

Como conciliador, Díaz aprovechó tres bodas de oro sacerdotales para hacerle guiños afectuosos a la Iglesia. El primer día de enero de 1888 se celebraron públicamente los 50 años de vida sacerdotal del papa León XIII. Esto dio pretexto a una peregrinación de mexicanos «de la conserva» a Roma. Porfirio Díaz, sin caer en el extremo de abolir la legislación anticlerical, dio otra vez gusto a los católicos con motivo de unas segundas bodas sacerdotales, las de Pedro Loza, arzobispo de Guadalajara. Ante las infracciones cometidas contra la ley de cultos, los responsables de hacerla cumplir guardan prudente y profundo silencio. Todavía más, con motivo de un tercer jubileo sacerdotal, el del arzobispo don Antonio Pelagio de Labastida y Dávalos, un imperialista irredento y un fiel seguidor de Pío IX (el papa intolerante y antiliberal), el jefe del liberalismo mexicano, el presidente Díaz, en busca del favor del jefe más conspicuo de los conservadores, le mandó un regalito que, según el padre Cuevas, fue «un báculo de carey y plata dorada».

En aquel invierno Díaz hizo más méritos que nunca para asegurar la reelección tras previa reforma constitucional. El diputado Francisco Romero había dicho: «El pueblo está en aptitud de conservar el tiempo que quiera a cualquiera de sus

mandatarios… No se debe coartar, reducir, ni limitar la voluntad del Soberano», y éste, según sus auscultadores, quería a don Porfirio en la primera magistratura *ad perpetuam.* El 25 de marzo del 87 la legislatura de Jalisco propuso la reelección por un periodo completo de cuatro años. En seguida, los órganos de la expresión pública, menos el jacobino *Monitor Republicano,* y los periódicos católicos y conservadores apoyaron la propuesta jalisciense. Pronto los diputados federales la hicieron iniciativa de reforma a la Constitución. El diputado Francisco Bulnes adujo el argumento para sacarla adelante: «El dictador bueno es un animal tan raro, que la nación que posee uno debe prolongarle no sólo el poder, sino hasta la vida». El Congreso federal aprobó las reformas y para el 23 de octubre del 87 ya habían hecho otro tanto las legislaturas locales. Y de ahí al futuro, fuera de uno que otro aguafiestas como Filomeno Mata, los prohombres del país insistieron a lo largo de aquella maravillosa invernada del 87 al 88 en los atributos de Díaz que había sido «batelero y leñador como Lincoln y modesto indígena como Juárez», y llegaron a la conclusión siguiente: don Porfirio reúne en su persona la suma de todas las virtudes y quizá alguna más y, por lo mismo, debe reelegirse.

En medio del ensordecedor alud reeleccionista y porfírico, es natural que la minoría opinante no se haya percatado de otros sucesos mayores de aquella temporada invernal: la ley oaxaqueña que permite a las mujeres seguir carreras universitarias, la introducción del naturalismo en la novela hecha por Emilio Rabasa, y la fundación de San José de Gracia en el extremo occidental de Michoacán, en una meseta a 2 000 metros de altura, allí nomás al sur de La Laguna.

Eso fue el 19 de marzo. Tres meses después fueron las elecciones primarias para presidente de la República, procurador general de la nación, magistrados de la Corte de Justicia, di-

putados y senadores al Congreso de la Unión. La junta electoral estuvo tranquilísima. Un observador describió así la de la Ciudad de México:

> A las once de la mañana, nada o nadie que llenara el requisito legal para proceder a la votación o al cómputo de cédulas. A las doce, corría igual tiempo; a la una, *idem*. Más tarde, cuando la resolana comenzó a producir sus efectos de embotamiento, entonces vimos con nuestros propios ojos a dos individuos… que echados de codos en los extremos de la mesa, dormitaban sin molestia de ciudadano alguno.

En julio se hicieron las elecciones secundarias. El 10 de octubre, la comisión escrutadora del Congreso rindió su dictamen. El número de votos emitidos había sido de 16 709; don Porfirio recibió 16 662, o sea el 98%. El 15 fue la fiesta popular en el Zócalo con fuegos artificiales. El 1º de diciembre, después de la ceremonia en que Porfirio Díaz entrega el poder a Porfirio Díaz, hubo banquete y baile en el edificio de la antigua aduana, con ese motivo decorado con alfombras que parecían césped, plantas tropicales, esculturas de bronce, cascadas, fuentes, luces de colores, fechas y nombres gloriosos, manjares y vinos de toda especie. Hacia las cinco de la mañana «hizo explosión el consumo de alcoholes», de modo que comenzaron «a volar candelabros, adornos y asientos». Hasta cierto punto ése fue el baile de despedida de una generación bronca que bebía con holgura y vestía uniforme militar. A partir de su tercera presidencia Díaz creyó que ya era hora de licenciar del servicio público a una parte de sus compañeros de armas y de generación. A partir de 1888 empezó a rodearse de gente más joven, técnica, urbana y fina; atrajo hacia la burocracia a los «científicos».

Los científicos I

Los científicos, que no cientísicos, como les llamara la clase media, eran gente nacida después de 1840 y antes de 1856, hombres que en 1888 andaban entre los 32 y los 48 años de edad. Los cientísicos nunca fueron más de 50 y las figuras mayores únicamente Francisco Bulnes, Sebastián Camacho, Joaquín Diego Casasús, Ramón Corral, Francisco Cosmes, Enrique C. Creel, Alfredo Chavero, Manuel María Flores, Guillermo de Landa y Escandón, José Ives Limantour, los hermanos Miguel y Pablo Macedo, Jacinto Pallares, Porfirio Parra, Emilio Pimentel, Fernando Pimentel y Fagoaga, Rosendo Pineda, Emilio Rabasa, Rafael Reyes Espíndola y Justo Sierra Méndez. Fuera de estos 20, el dictador usaría los servicios de otros cinco hombres prominentes de la misma generación de los anteriores: Joaquín Baranda, Diódoro Batalla, Teodoro Dehesa, José López Portillo y Bernardo Reyes. En suma, 20 de la *maffia* «científica», cinco sueltos y varios supervivientes de la generación anterior serán los notables del periodo 1888-1904, si a ellos se agregan un par de obispos (Ignacio Montes de Oca y Eulogio Gillow); otro par de poetas (Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera), y un pintor, José María Velasco.

La veintena científica forma un bloque biográfico. Fuera de dos que nacieron más acá de 1856, 18 lo hicieron a partir de 1841 y antes del gran campanazo político de 1857. La mayo-

ría comenzó en la única ciudad que en aquellos años tenía más de 100 000 habitantes: 11 eran capitalinos. Había un trío de norteños (Corral, Creel y Parra), un cuarteto del sureste (Casasús, Pineda, Rabasa y Sierra). Camacho era de Jalapa y Pallares de Morelia. Con excepción de Corral y Creel, científicos honorarios, los demás fueron urbanos hasta las cachas; todavía más, capitalinos puros, y más aún, de la crema y nata de la ciudad capital. Todos, en mayor o menor cuantía, llegaron a ignorar la vida ranchera y pueblerina; de hecho, la vida provinciana, y hasta la mugrosa y pendenciera vida de los léperos capitalinos. El tabasqueño Casasús «se desligó por completo de su estado». Cosío Villegas dice de Pineda: «Juchiteco puro, orgulloso de haber representado en el congreso a su tierra natal, no fue con el tiempo siquiera abogado de los intereses locales de Oaxaca, tan capitalino se había vuelto». Quienes veían la corrección aristocrática de los científicos cayeron en el error de atribuirles sangre azul y cunas de oro. Si no, ¿de dónde habían sacado tan buenos modales? Sepa Dios, pero los más de aquellos «niños bonitos» provenían de gente de pocos recursos, de gente de nivel medio. Eso sí, eran urbanos y estuvieron en la escuela; una mitad, en la Escuela Nacional Preparatoria. Autodidactos, o casi, fueron Corral y Creel, que no ignorantes. Once, ya de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, ya de alguno de los institutos estatales, presumían de su título de abogado. Además, hubo un par de médicos (Flores y Parra) y otro de ingenieros (Bulnes y Camacho). Todos, sin excepción, fueron tribunos de primer orden. No había entonces timbre de gloria superior al de saber hablar en público. Desde la escuela primaria se les preparaba a los muchachos para picos de oro. Sea el caso de Pallares: su maestra de la infancia lo hizo el declamador del examen público. El Colegio de San Nicolás acabó de pulirle su oratoria, de tal modo que ya sin ningún esfuerzo y ante el asombro de los

presentes, presentó una tesis en 1883 que comenzaba: «O lograré mi intento de desarrollar sabiamente la tesis, o no lo lograré». Al insigne catedrático don Jacinto Pallares «ni siquiera le faltaba el gran recurso de los oradores románticos: la heroica y desaliñada fealdad».

Fue aquél un equipo de licenciados, tribunos, maestros, periodistas y poetas. El abogado José Ives Limantour enseñó economía política en la Escuela Nacional de Comercio. El ingeniero Francisco Bulnes y el licenciado Joaquín Casasús hicieron otro tanto en un par de escuelas nacionales. El médico Porfirio Parra fue asiduo profesor de filosofía en la Escuela Nacional Preparatoria. Para no hacer el cuento sin fin, aun el ricachón de Sebastián Camacho profesó en la Escuela de Minería. También ejercieron el periodismo; ninguno tan de tiempo completo como Rafael Reyes Espíndola. A casi todos les dio por la poesía aunque casi nadie tuvo pegue con las musas. Los poemas de Pallares y Parra no conocieron las antologías, y aun los antologados no pasan de ser unos romanticones de la cola del desfile. Sitio aparte merecen las paráfrasis de Catulo, Tíbulo, Propercio, Horacio y Virgilio hechas por don Joaquín Diego Casasús. Tampoco puede tomarse a broma la cuarta vocación de la mayoría de los científicos: la de historiador. Por lo menos cuatro fueron historiadores de fuste: Sierra, Bulnes, Rabasa y Chavero. Éste fue además prolífico dramaturgo. Y Rabasa, en su juventud, en vez de hacer versos, hizo novelas humorísticas y sin duda valiosas. Los científicos, como los intelectuales de las dos generaciones previas, propendían al saber enciclopédico. También, igual que a sus precursores, les gustaba la política, y por eso no esperaron la segunda llamada para hacerse burócratas. Se apartaron en un punto de la preceptiva del viejo liberalismo; no fueron, salvo un trío de excepciones, fanáticos de la honradez.

Los más de los científicos merecían el membrete de ricachones. Según uno de ellos, como eran inteligentes y profesionistas notables «medraban naturalmente en el ejercicio de sus profesiones». Según esa versión, aun los que «hicieron negocios que les acarrearon utilidades cuantiosas» obraron lícitamente. Según decires enemigos, eran una punta de ladrones. Ralph Roeder asegura que «sirvieron de enlace entre el gobierno y el capital de fuera», como asesores en los bancos y en el fisco, y en definitiva, como satélites del Ministerio de Hacienda. En suma, infiltrados en el mundo de las finanzas, dueños de la fuente de prosperidad más copiosa, salieron bien pronto de pobres, y algunos amasaron fortunas que su despilfarrada descendencia aún no consigue agotar. Su amor hacia los centavos convivió sin dificultades con sus demás amores: la sabiduría y el poder. Fue gente de talento universal con ribetes de idealismo y valentía «aunque sólo fuera en lo privado y no muy a las claras». Fue un grupo que más de una vez censuró con mucha mano izquierda la obra de Porfirio Díaz desde una plataforma política dada a conocer desde 1892 en famosa convención.

Aquella juventud no difería gran cosa de las viejas divisas liberales que venían poniéndose en práctica desde la demolición del imperio. Como quiera, tendía al conservadurismo, la oligarquía y la tecnocracia en mayores dosis que la vieja guardia liberal. Era, por supuesto, salvo contadas excepciones, positivista. Le gustaba más Francia como modelo que los Estados Unidos. Su plan reformador con respecto a México comprendía las siguientes cosas: reajuste del ramo de guerra; sustitución del sistema tributario meramente empírico por otro que se apoyara en el catastro y en la estadística; exterminio de las aduanas interiores y reducción de las tarifas arancelarias; política comercial atractiva para colonos y capitales; asistencia preferente y asidua a la enseñanza pública; mejora-

miento de la justicia mediante la inamovilidad de algunos jueces; reforma del sistema de sustitución del presidente de la República «para evitar peligros graves» y para poder prevenir el tránsito del gobierno unipersonal y lírico al régimen oligárquico y técnico. Con todo, la juventud «científica» no pudo hacer de Porfirio Díaz un instrumento de sus planes.

> Los científicos —dice Limantour en sus memorias— tuvieron al principio pocas oportunidades de ponerse en contacto con el señor Presidente. No obstante las numerosas pruebas que le dieron de su adhesión, así como del vivo deseo que les animaba de no crearle dificultad alguna con su colaboración en el desarrollo de las instituciones y prácticas democráticas, el señor general Díaz abrigaba cierto recelo de que tomando el grupo mayor impulso, podría adquirir una influencia tal en la gestión pública, que le permitiera seguir algún día una línea de conducta distinta de la oficial…

El dictador cuidó «siempre en una forma exquisita el conservar buenas relaciones» con los científicos, pero les puso un hasta aquí cuantas veces pretendieron entrar en pláticas con él «sobre cuestiones de orden público».

Ellos no podrán aprovecharse de Díaz, pero éste sí de ellos. No lograrán imponer casi ninguna de sus aspiraciones. En vano Justo Sierra pedirá la inamovilidad judicial en 1893; en vano insistirá todo el grupo en que «la paz definitiva se conquistará por medio de la libertad»; y que, en consecuencia, debe asegurarse la libertad de la prensa; en vano querrá Bulnes que la ley suceda al dictador. Éste se afianza en su aversión a los ideólogos lanzadores de planes más o menos abstractos. Dice de ellos desdeñosamente que hacen «profundismo». Los cree, por otra parte, políticos ambiciosos fáciles de contentar. Los tratará como a niños y los usará, casi siempre individualmente, muy rara vez como manada, en el desempeño de comisiones técnicas. Ellos, por su parte, se sentirán muy contentos con las palmaditas presidenciales, el saludo con fuerte apretón de manos y los encarguitos del señor presidente. Como dice don Emilio Rabasa «el grupo científico prescindirá de toda acción propia libre». Será un apéndice decorativo y útil del poder. Decorativo porque el grupo con-

taba con las mejores plumas, los mejores oradores y las más exquisitas formas de comportamiento. Útiles para mil cosas por su sabiduría y ambiciones. Por lo pronto resultan buenos instrumentos para mantener la división, principal apoyo del poder absoluto de Díaz. Con las virtudes de saber dividir y saber penetrar en las intenciones de quienes lo rodean, Díaz logra manipular a su antojo a toda la élite, a los jacobinos que constituían la vieja guardia liberal; a los conservadores ansiosos de volver al mando; a los militares de la antigua ola; a los «científicos» y a los jóvenes que se oponían a ellos como Joaquín Baranda y Bernardo Reyes. Por regla general, a los dos últimos grupos les concede el ámbito capitalino y los pone a administrar la meta del progreso, y a los otros los coloca en puestos provinciales para mantener el orden y para servir de freno a los progresistas. Él se mantuvo por encima de las banderías en plan de gran dispensador de cargos. Desde 1888 se afianza el gobierno plenamente personal del general Díaz y se pone en ejercicio el lema rector del nuevo periodo de la era liberal mexicana, el famoso lema de «poca política y mucha administración».

Dictadura

Con la venia tácita de la opinión pública, el presidente aúna en su persona el poder. Les deja poco a los gobernadores; los hace virreyes. Silencia la oposición parlamentaria. Reduce al mínimo el debate de índole política en los periódicos. Al comienzo de su tercer periodo de gobierno Díaz es ya un experto en el arte de imponerse y un amante irredimible y extremoso de la autoridad. A poseerla, en exclusiva, dedicará 12 horas diarias por muchos años. Su vigor, su talento olfativo y penetrante y sus finas maneras de hombre de mundo, ya no de guerrillero cerril, se emplearán en acrecer y conservar los resortes del mando. Durante 15 años estará en todos los frentes de la política dando órdenes y recibiendo obediencias. De 1888 a 1903 será el poder sin más, la autoridad indiscutida, la última palabra, el cállese, obedezca y no replique. Será el presidente-emperador.

Porfirio Díaz acumula el poder y lo conserva. El 27 de diciembre de 1890 se anuncia, por bando, que el artículo 78 constitucional ha sido enmendado para permitir la reelección indefinida del presidente. A los pocos meses se convoca a inútiles elecciones que conducen a lo que dice la parodia aparecida en *El Hijo del Ahuizote:* «El Caudillo Indispensable… a sus habitantes sabed: Artículo 1º Que es Presidente Constitucional el General Necesario por haber obtenido la mayoría absoluta de votos… Artículo 2º Este periodo durará hasta

que Dios quiera. Artículo 3º Publíquese por bando oficial. Firma, El Indispensable Caudillo». A los «científicos» agrupados en la Unidad Liberal les será concedido el honor de proponer la candidatura de don Porfirio para el cuatrienio 1892-1896. En este último año le corresponde el honor de pedirle al Necesario su permanencia en el poder al Círculo Nacional Porfirista. En 1900, al Círculo Porfirista Nacional. Ese año, el último del siglo, fue de gran nerviosidad política. El Insustituible declaró: «Un hombre de 70 años no es el que se requiere para gobernar a una nación joven y briosa». Esto, más el reuma del cuello, que lo sustrajo temporalmente de la administración, pusieron muy nerviosos a dos aspirantes a sucederle: al hombre superior del brazo militar, el orgulloso general Bernardo Reyes, y al líder del brazo civil, el lívido y tímido licenciado José Ives Limantour. Pero el gozo se fue al pozo. Tras una farsa electoral el Congreso volvió a ungir a Díaz, aunque esta vez «por un sentimiento de delicadeza del presidente —según observa Cosío Villegas— no se izó el pabellón nacional, no se adornó el Palacio ni se echaron a vuelo las campanas de la catedral». Esta vez sólo hubo el banquete y baile de costumbre y un par de novedades: el obsequio al Señor de un libro con pensamientos encomiásticos de sus súbditos y la Gran Procesión de la Paz.

La permanencia en los puestos es la nota dominante en el quinquenio de la Paz Augusta. La estabilidad del gabinete es asombrosa en un país acostumbrado a estrenar ministros con demasiada frecuencia. La muerte saca a don Manuel Dublán del Ministerio de Hacienda en 1891. Lo reemplazan por breve tiempo Benito Gómez Farías y Matías Romero. Seguidamente Limantour toma posesión y allí se queda 18 años. También en 1891 corre Carlos Pacheco. El presidente aprovecha la coyuntura para desprender de la secretaría dejada por don Carlos, la de Comunicaciones y Obras Públicas, que asu-

me Manuel González Cossío. A Fomento entra Manuel Fernández Leal. Aquél cambia de oficina porque sustituye a Manuel Romero Rubio, ministro de Gobernación, muerto en 1895. A Comunicaciones va Francisco Z. Mena. Sólo el general Bernardo Reyes va y viene de la gubernatura de Nuevo León a la secretaría de Guerra. Don Joaquín Baranda en Justicia e Instrucción Pública e Ignacio Mariscal en Relaciones duran más de 20 en sus respectivos puestos. La inamovilidad de los funcionarios fue aún más clara en las gubernaturas. Díaz, el único elector, no jugó el juego de poner y quitar virreyes desde que se afianzó en el mando. A cada gobernante que elegía parecía decirle: donde te pongo te quedas. Por regla general, los gobernadores virreyes dejaban sus gubernaturas hasta que entregaban la vida. Sólo faltó que alguien gobernara después de morir. Entre los gobernadores de larga duración todavía se recuerdan a don Francisco Cañedo en Sinaloa, al general Teodoro Dehesa en Veracruz, a don Aristeo Mercado en Michoacán, a Francisco González de Cosío en Querétaro, al general Mucio Martínez en Puebla, al coronel Próspero Cahuantzi en Tlaxcala, a Carlos Díez Gutiérrez en San Luis Potosí, al coronel Francisco Santa Cruz en Colima, a don Joaquín Obregón González en Guanajuato, y al general José Vicente Villada en México.

El Congreso se convirtió en «algo semejante al cuartel de inválidos o el depósito de oficiales». O en palabras de Cosío: la Cámara de Diputados «se asemejó mucho a un museo de historia natural donde se halla un ejemplar de cada especie». El Senado fue el asilo de ex gobernadores y generales seniles. Había cierta dificultad para ser diputado o senador, pero conseguida la plaza, todo era fácil. Las leyes llegaban hechecitas. Sólo había que ponerse de pie y decir sí, o simplemente «hacer como cuando se cabecea de sueño». Con esto «el secretario lo apuntaba a uno por la afirmativa». Ninguno de los

poderes de la federación y de los estados retuvo el poder. Al cuarto poder, a la prensa periódica, ya más esclava que libre, se le concedió que hablara un poquito de política, que discutiera cosas y casos de escasa importancia. Desde 1888 se acabó la historia política nacional y local.

La política exterior tampoco genera muchos acontecimientos memorables. Para mantener una relación cordial con los dos países limítrofes (los Estados Unidos y Guatemala), las tres mayores potencias económicas (los Estados Unidos, Francia e Inglaterra), la madre patria (España), las naciones hermanas de Hispanoamérica y en general con la mayoría de los estados del mundo, se llega hasta las condescendencias penosas. Las fricciones con el exterior se reducen al mínimo. Apenas las hay con los Estados Unidos, Guatemala e Inglaterra. Con esta última se discute el derecho sobre Belice, los límites de ese territorio y la costumbre de los anglobeliceños de pertrechar a los mayas revoltosos. A esa disputa pone fin el tratado del 8 de julio de 1893. El que don Daniel Cosío Villegas dedique un tomo de 900 páginas y que ese tomo sea interesante e inteligente, no significa que las relaciones con Guatemala, por cuestión de límites sobre todo, sean un melodrama. Los dimes y diretes con el desconfiado vecino del sur conducen en su comienzo al borde de la guerra y a final de cuentas al cumplimiento del tratado de límites en el penúltimo año del siglo XIX. Tampoco la historia pormenorizada de algunos piques con los Estados Unidos a causa del curso cambiante del río Bravo agrega gran cosa al retrato de la época.

En el apogeo porfírico hubo, según la fórmula consagrada, «poca política y mucha administración», o en otros términos, «poca pugna por el poder y mucho poder disciplinador». Fue aquél un gobierno burocrático, una buena ama de casa que procuró meter orden y eficacia en la vida de México. Con

propósitos de limpieza entró a la Secretaría de Guerra el general Bernardo Reyes. El dictador, después de decirle en público: «General Reyes, así se gobierna», se lo trajo de la gubernatura de Nuevo León para que le reorganizara el ejército que comenzaba a padecer los estragos patológicos de la paz, en el que se daban con creciente frecuencia fraudes, abusos e indisciplinas. Reyes lo recompuso todo en breve tiempo, y además aumentó el pre de la tropa e hizo, con el nombre de Segunda Reserva, una milicia civil, integrada por voluntarios de todas las clases y todas las partes del país, que un día a la semana recibían entrenamiento militar. En suma, con oficialidad extraída de familias decentes, y tropa arrebatada por la fuerza al proletariado —pues el vicio de la leva se mantuvo en pie—, México se hizo de una musculatura muy presentable, un ejército bien vestido, bien alimentado, con buenas armas que supo lucirse en maniobras y desfiles y que perdió, por lo menos en parte, el prestigio de brutal. Fue un ejército de paz.

Desde los años de la última década del siglo, en el ramo de guerra la frase cotidiana fue el «sin novedad». Las pocas novedades habidas acontecieron principalmente en el campo administrativo: código militar en 1895; ley de procedimientos penales en el fuero de guerra en 1897; código de justicia militar en 1898; nueva ley orgánica del ejército en 1900; división del cuerpo armado en 10 zonas, tres comandancias y nueve jefaturas en 1901. Por lo que mira al quehacer específico del ejército, hubo muy poco que hacer: desfiles en algunos días de fiesta nacional, maniobras y represiones contra grupos pequeños y débiles de indios desobedientes. En 1896, 900 indios que querían la devolución de sus tierras atacaron Papantla. En tres días la tropa los redujo al orden. Cuatro años antes había ejecutado la proeza de aniquilar al pueblecito de Tomochic porque intentó rebelarse al grito de ¡Viva la Virgen y muera Lucifer! No más gloriosos ni menos crueles son los

sometimientos de los indios yaquis de Sonora y los mayas de Yucatán que cierran con broche de oro el siglo XIX e inauguran el siglo XX, y tranquilizan el ánimo del dictador, quien poco antes había manifestado: «No debemos estar tranquilos hasta que veamos a cada indio con su garrocha en la mano, tras su yunta de bueyes, roturando los campos».

Paz adentro y crédito afuera fueron los dos timbres de gloria del dictador todopoderoso. Lo segundo es la obra inmediata de un trabajador inagotable, talentoso, agresivo y prudente, de don José Ives Limantour, aunque no sólo de él. El pago del último abono de la deuda estadunidense y el empréstito de 52 millones negociados en Alemania son anteriores a Limantour. La Convención reeleccionista de 1893, obra de los científicos, pidió el paso de la hacienda pública de lo empírico a lo científico. La situación era crítica ese año por la devaluación de la plata y por la pérdida de las cosechas. «La necesidad imponía y la opinión pública aconsejaba la suspensión de pagos en el exterior.» El secretario científico hizo otra cosa para no poner en peligro el porvenir del crédito: suprimió empleos, redujo sueldos de la burocracia oficial y reorganizó las recaudaciones. En 1893 todavía las cuentas cerraron con un déficit de seis millones. Dos años más tarde se obtuvo el equilibrio: los ingresos igualaron a los egresos, y a partir de entonces lo característico fue el superávit. A un déficit con más de 70 años de vida sucedió un superávit que también hizo huesos viejos. Por otra parte, el ministro laborioso pudo colocar en Europa nuevo empréstito de tres millones de libras. Además obtuvo la conversión de las deudas contraídas en 1888, 1889, 1890 y 1893 en una sola clase de títulos con interés de 5%. En 1896 Limantour se apuntó otra sonada victoria: la abolición de las alcabalas, el exterminio de las aduanas interiores que entorpecían el tráfico mercantil. De otro lado, los ingresos federales tomaron la subida. En 88, habían

sido 34 millones; en 92, todavía 37; en 96 ya fueron 50; en 1900, 64, y en 1904, 86 millones.

Prosperidad

El avance económico fue el principal timbre de gloria de la segunda etapa del Porfiriato. Como quiera la agricultura, considerada en su conjunto, siguió sin tomar el paso del progreso. Por principio de cuentas se mantuvo más vinculada a los avatares celestes que a las mudanzas mercantiles y los adelantos técnicos. En 1888 la descontrolaron los aguaceros, que además de inundar a León y ahogar a 250 leoneses, minimizaron las cosechas de la comarca abastecedora de El Bajío. En 1889 se soltó la epizootia del ganado vacuno y de las gallinas. En 1891 fue el colmo: el volcán de Colima eruptó como pocas veces; las lluvias se olvidaron de nosotros; las milpas raquíticas y las calaveras de vacas fueron el espectáculo habitual de ese año y el siguiente. El 1892, además de la sequía extraordinaria, se señaló por la fuerte tembladera en el occidente y los repetidos ciclones en el oriente. No se habían visto peores tiempos en mucho tiempo, ni tampoco el par de epidemias tan mortíferas de 1893, cuando el tifo se llevó a unos 20 000 entre grandes y chicos, y la viruela a cerca de 30 000 criaturas. Y las viruelas volvieron dos veces más: en 1899, cargaron con 38 000 niños, y en 1902, con 28 000. Con todo, después de los siete años de vacas flacas que van de 1889 a 1893, vienen siete años de vacas gordas, apenas estropeados por las epidemias ya dichas, un ciclón en Tehuantepec, copiosas nevadas en la zona fronteriza con los Estados Unidos en

1897 y los terremotos de Guerrero y la peste bubónica de Mazatlán de 1902.

Sería por los siete años malos o porque los científicos verdaderamente tenían ojos de tales, la leyenda de la riqueza de México, se desploma como por encanto; se le sustituye con el siguiente estribillo: sólo tenemos «maravillas que encantan a la visita»; en el instante del cobro, no dan nada. Pablo Macedo afirma: «Nuestro suelo es fabulosamente rico en la leyenda; difícil y pobre en la realidad». Para Justo Sierra: «Las condiciones meteorológicas no son propicias en gran parte por la ausencia de nieves en invierno». Francisco Bulnes considera como gran maldición nacional el tener medio cuerpo en el trópico. «El trópico —sentencia Bulnes— ha impedido nuestra civilización.» En suma, se asume la conclusión de un México apenas medianamente pródigo que sólo puede producir con mucho trabajo, que nunca podrá dar gran cosa de sí.

Sigue la obsesión de que el progreso de la agricultura mexicana, pese a la escasez de recursos naturales, es posible si y sólo si se consigue la inmigración europea. Enrique Creel asegura: 100 000 inmigrantes europeos valen más que medio millón de indios mexicanos. Los posibles colonos también lo ven así, pero creen aún que el mexicano es un hombre muy peligroso que fusila a todo el que se le pone por delante. Otra vez, aunque no en tan corto número como en el periodo anterior, viene un chisguete de extranjeros que generalmente no opta por el campo. En 1900 se hace el segundo censo nacional de población. Según él, habitan en la República 13 508 000 habitantes, de los cuales 60 000 son no nacidos en territorio mexicano. En el último decenio del siglo XIX nos hicimos de cosa de 20 000 inmigrantes.

Las tres cuartas partes de la población nativa se mantiene plantada, esparcida, fuera de las ciudades, en rancherías y pueblecitos. De una fuerza de trabajo de 5 360 000 en 1900, 3

178 000 mantenían al margen del desarrollo la agricultura y la ganadería en los sectores más necesitados de dinamismo. Los productos agropecuarios de índole alimenticia; es decir, los de consumo directo e indispensable para la gran masa de la población, seguirían dándose en las peores tierras, dependiendo del capricho de las nubes, logrados con técnicas anticuadas e inútiles y permanentemente caros y alguna vez muy caros, como en 1892, cuando la gran escasez. La agricultura de exportación, situada en las tierras mejores, sería otra cosa. Su valor en pesos de 1900 pasó de 20 millones en el ciclo 87-88 a 50 millones en el ciclo 1903-1904. Por una línea en zigzag, el café subió de 12 000 toneladas en 1887 a 26 000 en 1904; el chicle, de 700 toneladas a 1 850; el henequén, de 38 000 toneladas (con valor de siete millones de pesos) a 100 000 (con valor de 20 millones). La producción de hule fue en 1888 de 135 toneladas con valor de 188 000 pesos, y en 1905, de 1 460 toneladas con valor de 1 800 000 pesos.

La ganadería sólo conoce módicos progresos en las vastas y resecas llanuras del norte, de manera especial en los latifundios y de modo muy especial en el enorme fundo de Luis Terrazas. Por lo demás, la cría de ganado sigue haciéndose de manera extensiva y descuidada. La leche continúa siendo subproducto generalmente desperdiciado. La ganadería no progresa técnicamente; crece, vende carne y cueros, exporta animales en pie y pieles, y rara vez importa bovinos finos. En 1902, cuando 15 reyes ganaderos del otro lado vienen de visita a México, las inversiones norteamericanas en ganadería adquieren cierta importancia.

La minería aumenta su valor a un ritmo anual de 6%. La producción minero-metalúrgica de 1889, valorada en 41 millones de pesos, vale en 1902, 160 millones. A principios del periodo se descubren placeres de oro en Baja California. La producción sube de tonelada y media anual a 14 toneladas; la

de plata de 1 151 toneladas a 1 772. La devaluación de la plata no para. En cambio, producción y valor de los metales industriales engordan sin parar. El cobre, entre 1891 y 1894, se estira a razón de 10% anual, y entre 1895 y 1905, de 21%. En 1891 se extraen 5 640 toneladas; en 1894, 12 000; en 1898, 16 000, y en 1905, 65 000. En 1901, México es aclamado como segundo productor de cobre en el mundo. Avanza también notablemente la producción de plomo, en 1891, de 30 000 toneladas; en 1898, de 71 000, y en 1905, de algo más de 100 000. La carrera del antimonio es errática pero ascendente. En 1893 se producen nueve toneladas; en 1898, 6 000; en 1899, 10 000, y en 1900, 2 000. El zinc brinca de 400 toneladas en 1893 a 2 000 en 1905. Y junto al volumen de los metales industriales asciende su precio en el mercado internacional. El periodo de 1888-1903 es de bonanza para los capitanes de la minería. Entre otras cosas por la ley minera de 1892 que autoriza la plena propiedad privada del subsuelo, y por la introducción de mejores técnicas de beneficio. En 1900, 107 000 obreros trabajaban en la minería. Casi todos eran varones. En el mismo año estaban empleados por la industria de transformación 624 000 obreros, de los cuales 210 000 eran del sexo femenino. La manufactura se aceleró. En 1892, un año antes de la ley otorgadora de exención de impuestos a industrias nuevas, el valor de la producción industrial fue de 90 millones de pesos; 11 años después de 163 millones. Las tres industrias más dinámicas fueron la del azúcar, las telas y el tabaco, cuyos productos se elevaron en el quinquenio de 20 a 34, de 15 a 34 y de 10 a 16 millones respectivamente. La mayor novedad en el ramo fue la aparición de la industria eléctrica, que en 1900 alcanzó una capacidad instalada de 22 000 kilovatios en cuatro plantas de vapor y 14 hidroeléctricas y se quintuplicó en los 10 años siguientes. Fuera de la producción tabacalera, que tuvo un modesto mercado transfronterizo, el

desarrollo de la manufactura se siguió fincando en la demanda interior, en el creciente número de compradores de la clase media y del proletariado de las ciudades.

En el periodo de apogeo del Porfiriato se aceleró la incorporación de los mercados locales al de México y de México al mercado mundial. Para 1895 ya un cuarto de millón de mexicanos eran mercaderes, los más comerciantes menudos. La mejoría y ampliación de los transportes y aquella noticia que dieron todos los periódicos el 23 de abril de 1896, la que prohibía a los estados de la república «gravar el tránsito de personas o cosas que atravesaran su territorio… y gravar de manera directa o indirecta la entrada a su territorio y la salida de él de cualquier mercancía nacional o extranjera», le dieron alas al comercio interior. Naturalmente que los más beneficiados fueron los comerciantes al mayoreo, pero aun a los que vivían de ofrecer sus mercancías en la calle y en las plazas les fue bien, sobre todo en los días de feria. Durante la última década del siglo XIX, las exportaciones crecieron en volumen, valor y variedad. Los mensores del crecimiento dicen que fue de 8% al año, y el de las importaciones mucho menor, pese a dos bienios donde hubo que traer mucho maíz. En el último decenio del siglo el superávit de la balanza comercial alcanzó en promedio 25 millones de pesos anuales. Aunque el principal producto de exportación fue todavía el metal precioso, perdió importancia frente a los metales para la industria y a los productos agropecuarios. Llegaron a ser cuantiosas las remesas al exterior de cobre, plomo y antimonio. En el primer periodo del Porfiriato se enviaban fuera cada año unos 126 mil sacos (de 60 kg) de café. En el quinquenio 1900-1905 se exportaron 325 000 sacos. La exportación de henequén se dobló; llegó a 80 000 toneladas. Las ventas de chicle subieron a 1 500 toneladas al año. No bajaron las exportaciones de caoba, cedro rojo y ébano. En cambio, desde

1895 se redujo la salida de palo de tinte. Como era de esperarse, los Estados Unidos fueron a lo largo de todo el periodo el principal comprador y vendedor de México, seguido de Gran Bretaña, Francia, Alemania y España. Casi todo lo adquirido por México en el exterior fueron manufacturas.

Ninguna duda puede caber acerca de la imposibilidad de habernos convertido en un país de avanzada economía mercantil sin el progreso concomitante de las comunicaciones y los transportes. La obsesión ferrocarrilera siguió tendiendo rieles a toda prisa. En 1888, a mitad del año, los tapatíos tiraron la casa por la ventana para festejar la llegada del tren. Al año siguiente son los de San Luis Potosí los que saltan de gusto ante la presencia del nuevo e importante transporte. Por lo mismo, en 1890 hay grandes demostraciones de alegría en Tampico y Jalapa. En 1891, al ponerse en marcha la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, los caminos de fierro miden 10 000 kilómetros. De allí en adelante continuarán avanzando a una velocidad anual que promedia los 500 kilómetros. El ferrocarril incorporará cada año a su red por lo menos una nueva ciudad importante. Hasta el 30 de junio de 1902 el tesorero federal había pagado cerca de 150 millones de pesos en subvenciones a 44 compañías ferroviarias, constructoras de 15 000 kilómetros de vías. También se hacen gastos mayores en telégrafos, correos y obras portuarias. En 1900 la red telegráfica es ya de 70 000 kilómetros, 40 000 más que 12 años antes. En 1901 se cuentan 10 000 oficinas de correos. La correspondencia transportada asciende a 156 millones anuales de piezas. El correo, «afanoso de ligar a todos los mexicanos», recorre una ruta de 90 000 kilómetros; 26 000 a pie, 24 000 a caballo, 10 000 en carruaje, 17 000 en vapor, 12 000 en ferrocarril y 95 en velocípedo. Gracias a comunicaciones y transportes, los múltiples pedazos urbanos de la República se ponen en contacto, en asamblea permanente.

Las costosísimas obras de comunicación, el progreso de industria y minería, y aun el precario de la agricultura, se debieron en gran parte al capital de fuera. El capital mexicano no habría podido con una tarea que sin duda fue colosal; desde luego, porque era muy poco; después porque el capital doméstico se inclinaba a empresas menos grandiosas, complejas y arriesgadas. Ahora nos resulta incomprensible el que Juan A. Mateos se hubiese complacido en «ver dueños a los extranjeros de la alta banca, de los negocios de crédito, de la luz eléctrica, del telégrafo, de las vías férreas y de todo lo que significa cultura y adelanto». Entonces todo mexicano de vanguardia que no el conservador pensaba que había que utilizar la abundancia de fondos internacionales disponibles y ansiosos de inversión en el progreso material de su patria. Entonces nadie veía mal que el régimen mantuviera un clima favorable a las inversiones extranjeras. Entonces la opinión pública más avanzada estaba por el capital extranjero, pues lo creía necesario para el enriquecimiento y el bienestar de la República.

Desigualdad

El bienestar, con todo, alcanzó a poquísimos y a costa del bien de las mayorías. La superioridad y riqueza de algunos se basó en la inferioridad y pobreza de otros. Por lo demás, los viejos modos de ganarse la vida y de vivir, que los autores modernos llaman feudales, coexistieron con la moda capitalista. La tierra siguió siendo varia y los hombres diversos. La heterogeneidad nacional no se extinguió; antes bien se vigorizó. El trabajo minucioso y paciente de los artesanos sobrevivió al advenimiento de las prisas y malhechuras fabriles. La nueva hacienda capitalista no desalojó a la vieja hacienda patriarcal. México se hizo aún más multiforme. Todo fue favorable entonces a los 6 000 dueños de haciendas con extensiones de mil a millones de hectáreas. En primer lugar, la legislación sobre baldíos. Como si no fuera suficientemente generosa la ley de 1883 para poner enormes predios al alcance de los ricos, la de baldíos de 1894 declaró ilimitada extensión de tierras adjudicable y suprimió la obligación de colonizarla; esto es, darle habitantes y cultivos. Las compañías deslindadoras se dieron gusto haciendo haciendas vastísimas con las tierras de nadie y con las privadas sin titulación suficiente. Algunos pequeños propietarios pobres y sin letras pierden sus predios. A otros los logra salvar un reglamento de ley que concede en propiedad a los labradores las tierras poseídas sin título.

En *Hacia el México moderno,* de Ralph Roeder, se lee:

Vastas extensiones de terreno, vendidas a vil precio, que fluctuaban entre uno o dos pesos la hectárea en las regiones del interior y unos cuantos centavos en las costas y extremidades despobladas del territorio, originaron nuevos dominios que se diferenciaban de los antiguos únicamente porque estaban destinados a fomentar la explotación productiva del suelo.

Los dominios nacidos del despilfarro de los baldíos llegaron a medir en cinco casos más de un millón de hectáreas. La mayoría de las veces sólo medían centenares de miles de hectáreas. Únicamente en tren era posible recorrerlos en un día de punta a punta. La mayor parte del área total del país estaba en las manos de un pequeño grupo de individuos. La mayoría de éstos poseía haciendas desde siglos atrás y hacía poco o nada para hacerlas rendir. El latifundista de abolengo, que cultivaba apenas una fracción de sus posesiones señoriales, era rico sólo de nombre. Los nuevos hacendados provistos de mentalidad capitalista, los Terrazas en el corazón del norte, Olegario Molina en Yucatán, los Garza en Durango, Lorenzo Torres en Sonora, los García Pimentel en Morelos, Íñigo Noriega en México y Michoacán, los Madero en Coahuila, José Escandón en Hidalgo, los Cedros en Zacatecas, Dante Cuzi en la Tierra Caliente de Michoacán, los Martínez del Río en Durango, Justino Ramírez en Puebla fueron quienes crearon la hacienda productora, que producía para vender, que sustituía el cultivo extensivo por el intensivo y practicaba la rotación de cultivos y abonaba y aun irrigaba sus tierras. Los nuevos latifundistas dejaron de ser señores de seres humanos y se convirtieron en explotadores de gañanes, y se hicieron muy ricos; construyeron palacios en sus fundos y en la ciudad y habitaron muchas veces en ésta, en una atmósfera de ocio; fueron al Viejo Mundo y se colgaron y untaron todo lo prescrito por los modistos de París. Los terratenientes dotados de espíritu de empresa gozaron ampliamente de la prosperidad porfírica.

En la etapa 1888-1903, la casta de los rancheros (arrendatarios y pequeños propietarios, cosa de medio millón de

hombres) también se desliza paulatinamente al modo de producción lucrativa, para el mercado. Trabaja la tierra con sus propias manos y las de sus hijos. Acumula módicas ganancias; en forma de monedas de oro, las guarda celosamente bajo tierra en cántaros de barro que succiona cuando hay oportunidad de hacerse de más tierra o cuando hay que gastarlas en la celebración de una boda o de una fiesta pueblerina o de un herradero o de una buena cosecha o para ponerlos en los bolsillos de abogados especialistas en enmarañar pleitos por causa de deslindes. Los rancheros están siempre a la defensa de otros rancheros, de los hacendados y de las compañías deslindadoras. Como quiera, salen adelante. No padecen mayores apuros económicos. Bendicen la paz porfírica. Visten trajes de charro con sombreros de altísima copa y falda tapapueblos. Son gente de a caballo y rifle, muy conocida en Guanajuato, Michoacán y Jalisco.

Los comuneros de las zonas indígenas que escaparon a la desamortización de sus comunidades nacen, viven y mueren bajo el santo temor de Dios y de la naturaleza, al margen del progreso, pobres pero sin rey, oscilando entre la congoja cotidiana y las grandes alegrías de los días en que a los santos se les llega su fiesta. La pasarían menos mal sin la enemiga de un gobierno enemigo de la propiedad en común, de unos latifundistas empeñados en extender sus latifundios, de una tropa que cuando cae come a sus costillas y de una leva que los convierte en tropa. Y como rara vez logran protección de las leyes acuden de cuando en cuando a los muelles; se levantan en armas; se hacen guerrilleros y algunas veces le ensucian al gran dictador su título de héroe de la paz.

La vida de los peones de las haciendas llegó a ser menos intranquila en los «acasillados» y más azarosa en los «libres». Aquéllos ganaban generalmente dos reales diarios que se les pagaban en vales valederos en las tiendas de raya; ganaban

apenas lo indispensable para asegurar los frijoles y las tortillas, el calzón y la camisa de manta, los guaraches y el sombrero, mas lo poco que obtenían era de por vida. Los peones libres envidiaban la suerte de los acasillados porque no podían vivir tranquilos trabajando un día y otro no, corriendo de un lado para otro; si eran norteños, tratando de pasarse al otro lado; si del centro, ansiosos de conseguir jornal seguro en la hacienda o en la fábrica; buscaban desesperadamente la servidumbre adormecedora, el bálsamo tranquilizador, el pulque del latifundio, sobre todo del latifundio «a la antigüita».

No era igual la vida jornalera en las haciendas de «antes» y en las haciendas de «ahora». Los uncidos a las fincas abastecedoras de mercados, los gañanes de las plantaciones de algodón, azúcar, tabaco, henequén y mezcal, los operarios del progreso del país, los braceros regeneradores de la patria, fueron sometidos a un riguroso régimen de tareas de sol a sol, cárcel y servidumbre por deudas al patrono. Los esclavos del progreso capitalista no llegaron a saborear los dones porfíricos: la paz, la libertad y el bienestar. La mayoría campesina que nacía, vivía y moría en haciendas y ranchos de gente reacia al negocio y a la técnica, de ricos de abolengo, siguió sumisa a las costumbres de arroparse con los rayos del sol, vivir en jacales, comer gordas, frijoles y chile, pero un poco más feliz que antes, sin la zozobra de la guerra ni la compulsión para el trabajo, si hemos de creer el dicho de los rucos.

La aristocracia de la industria, el comercio y los servicios, la que miraba codiciosamente hasta las metidas de sol, los fabricantes, los mercaderes de almacén, los banqueros y los altos funcionarios de la nómina gubernamental, los que hablaban de tantos por ciento y de ferrocarriles; la élite avecindada en la capital y en media docena de ciudades de medio pelo (Guadalajara, Puebla, Mérida, Querétaro, Monterrey, Guana-

juato y San Luis) y aun en ciudades menores, en ciudades de muchos tipos aunque todas de salubridad deficiente y cuchilladas nocturnas; el *beau monde* que se construyó para vivir en palacetes incómodos pero de buena apariencia; la gente chic que viajaba a París y derrochaba dinero y modales parisienses, conoció lo que es el enriquecimiento individual ilimitado y libre, acumuló capital con rapidez, se enriqueció de golpe. Fue una iniciativa privada en gran parte formada por los extranjeros, poco numerosa pero con vigoroso espíritu de lucro egoísta, con un espíritu que logró beneficio abundante, rápido y no muy costoso para ella, pero que no quiso compartir las ganancias con su mano de obra. Fue una burguesía ostentosa, ridículamente ostentosa y satisfecha de su fortuna adquirida con tanta facilidad. Conoció muchos placeres y de manera especial el de la opresión.

La vida de obreros y empleados no fue generalmente feliz. El desarrollo capitalista le exigió muchos sacrificios. Se hizo costumbre que el patrono no respetara ni el paréntesis de los domingos. Los patronos del progreso se sentían educadores, estaban temerosos de que sus dependientes cayeran en los vicios tradicionales del pueblo, de los que habían sido rescatados, si les concedía tiempo para el ocio. Sólo tareas diarias de 15 horas y sólo sueldos que por milagro alcanzaran para el sostenimiento de la familia y de sí mismo, que no permitieran derroches, podían redimirlos de las feas costumbres de la embriaguez, la pereza y la lujuria. Pero la creciente masa de trabajadores de la minería, la industria manufacturera, de la construcción y del comercio, casi siempre se resistió a secundar las generosas intenciones de sus amos. Por una parte, buscó protección en el gobierno. En 1892 la clase obrera hizo una gran manifestación de apoyo al presidente Díaz, y ese mismo año tuvo la respuesta gubernamental al través de Matías Romero, quien dijo: los males del operario escapan a la

acción oficial. Por otra parte, jamás renunció a las armas de la asociación y de la huelga. El mismo año crítico de 1892, el año de los precios altos, la escasez y el hambre, se reunió un Congreso Obrero con representantes de 54 mutualistas del Distrito Federal y 28 de los estados. Y sin menoscabo de la fundación de nuevas mutualistas, se pusieron de moda en la última década del siglo las cooperativas y comenzaron a erigirse los sindicatos (Círculo de Obreros de Jalapa, Unión de Mecánicos de Puebla, Sociedad de Ferrocarriles Mexicanos de Nuevo Laredo, y otros) que hicieron rabiar a las autoridades y a los empresarios. Las huelgas de trabajadores del riel, el tabaco, la mina y los tejidos para impedir rebajas de sueldo, faenas a deshora, malos modos de los capataces y alguna vez para conseguir alza de salario fueron frecuentes, sobre todo en el Distrito Federal. Hubo abundantes huelgas en 1895, pero las más aparatosas parecen haber sido las de los 700 obreros textiles de La Colmena en 1898 y la de 30 000 tejedores poblanos en 1900.

No es la cúspide del Porfiriato un quinquenio de oro para el proletariado en cuanto trabajador, pero sí en cuanto hombre de fe. Las leyes de Reforma no fueron abolidas ni respetadas. Volvieron los trajes talares, el toque de campanas, las procesiones religiosas y mil maneras de culto externo. Si escaseaban las lluvias, se sacaba el santo. Si sobrevenía el día del Santo Patrono o las bodas de plata y oro sacerdotales de obispos y curas, o la coronación de una imagen venerada, o la consagración de los templos al Sagrado Corazón de Jesús, o la traída a la capital de la Virgen de los Remedios o a Guadalajara de la Virgen de Zapopan, las actividades religiosas y multitudinarias adquirían un brillo extraordinario, superior al de las conmemoraciones cívicas. Los prohibidos conventos dejaron de ocultarse a la mirada oficial. Los obispos hicieron buenas migas con el presidente de la República y sus secreta-

rios, y los curas, con los jefes políticos y los presidentes municipales. El clero dejó de anatematizar a los funcionarios públicos incrédulos y masones, y éstos toleraron el neoenriquecimiento sacerdotal, el creciente poder de los sacerdotes, las cada vez más numerosas publicaciones de carácter religioso, la liturgia al aire libre, los otra vez poderosos jesuitas, la acción misionera en Tarahumara, las asociaciones pías, la intervención clerical en la educación y la beneficencia; en suma, se produjo el llamado renacimiento religioso.

Y sin embargo, al periodo cumbre del régimen de Díaz no se le puede llamar *strictu sensu* gobierno clerical, ni siquiera católico. La tolerancia hacia la mayoría superviviente de la edad teológica no es comparable con los mimos que se dispensan a los pocos habitantes de la era positiva, casi todos ellos pertenecientes a la clase media urbana, a la querida burguesía. Aquélla fue una *belle époque* para los burgueses que, para no quedarse atrás de sus colegas norteamericanos o por ser oriundos de los Estados Unidos o Inglaterra, practicaban el protestantismo, o se volvían católicos aprotestantados o abandonaban las prácticas religiosas o se afiliaban a religiones fuera de catálogo como la religión de la patria, o más aún, como la religión de la ciencia.

La educación oficial fue francamente burguesa, a la medida de los citadinos de clase media y aun alta. En 1900 las escuelas primarias oficiales sumaban ya 12 000 y el total de alumnos 700 000. Las secundarias eran 77, con un total de 7 500 alumnos. En 1902 funcionaban a la manera de la Escuela Nacional Preparatoria otras 33 en los estados. Desde 1881 se puso de moda hacer escuelas normales para instruir al profesorado. A las escuelas profesionales se agregó la de homeopatía. Es extraño que aquel régimen, tan amante del desarrollo económico, no haya hecho ninguna escuela de economía y haya fundado tan pocas escuelas industriales, agrícolas y téc-

nicas. También es insólito que la Iglesia católica, tan enemiga del positivismo, no hubiera tratado de combatirlo mediante la fundación de un gran número de escuelas. En 1900 los planteles escolares del clero apenas llegaban a medio millar; sólo representaban el 4% de los existentes. Eso sí, desde 1896, hubo Universidad Pontificia. Ni la Iglesia ni el Estado le gastaron mucho en educación, pero éste expidió abundantes leyes de índole educativa.

La cultura superior fue aún más burguesa. Se mantuvo recluida en las ciudades mayores y en la espuma social. La mitad de los individuos con profesión universitaria habitaban, en 1900, en cuatro ciudades. De un total de 3 652 abogados, 715 residían en México, 215 en Guadalajara, 170 en Puebla y 120 en Mérida. De 2 626 médicos una quinta parte profesaba en la capital. El estado de Colima sólo contaba con los servicios de 10 médicos y ocho abogados de los cuales siete y siete vivían en mero Colima. Por 1903 el número de bibliotecas era de 150. Una cuarta parte estaba en la metrópoli y ninguna valía gran cosa aparte de la Biblioteca Nacional, dirigida por don José María Vigil y a la que acudían anualmente unos 2 500 lectores. De las 45 sociedades científicas y literarias registradas en 1893, 19 tenían asiento en la capital. En cuanto a periódicos, de los 543 de 1900, 126 se publicaban en la Ciudad de México. Eran muchos los periódicos, muy pocos los leeperiódicos y menos todavía los lectores de libros. La sociedad porfiriana estaba aún lejos de la cultura escrita. En 1900, apenas el 18% de los mayores de 10 años podía leer, que no necesariamente leía.

La prensa periódica de oposición no sólo se atrajo la antipatía gubernamental. Cada 18 de julio, el director y algunos redactores de *El Tiempo* entraban al bote por los artículos que publicaban contra Juárez en esa fecha. El liberalísimo Filomeno Mata, director de *El Diario del Hogar,* estuvo no me-

nos de 30 veces en chirona. También conoció cárceles y multas Daniel Cabrera, director de *El Hijo del Ahuizote.* Poco después de su aparición fueron suprimidos por rebeldes *El Demócrata* y *La República.* Por no haber podido competir con *El Imparcial,* periódico de la dictadura que se vendía maliciosamente a centavo, desaparecieron dos publicaciones venerables en 1896: *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano.*

Con todo, fue intensa la actividad literaria y artística. Entre 1894 y 1896, apadrinada por *Azul,* el poemario de Rubén Darío, y por el cisne de vistoso plumaje, dirigida por el precoz Manuel Gutiérrez Nájera, abierta a escritores modernistas de Europa y las Américas, apareció la *Revista Azul,* muy preocupada por la renovación del lenguaje y la moral. En 1898, movida también por el afán de romper los grilletes de la costumbre, comenzó a publicarse la *Revista Moderna.* Mientras tanto se imponía «l'art nouveau» en arquitectura, el impresionismo en pintura, los dibujos de Ruelas y la música del grupo de los seis.

La diversión alcanzó entonces momentos cumbre: la ópera con Adelina Patti y el tenor Tamagno; las funciones teatrales con Virginia Fábregas, Andrea Maggi y María Guerrero; los conciertos con Paderewski; los espectáculos frívolos con Lilly Clay y su grupo de bailarinas jóvenes y descocadas; las tandas del Principal; los combates de flores en el Paseo de la Reforma; las exposiciones anuales de plantas y flores en San Ángel; las carreras en bicicleta; el ballet o «pantomima lírica»; los suntuosos bailes en el Palacio, las embajadas y los palacetes. En cambio apenas se permitían y no dondequiera las corridas de toros donde aún era el ídolo Ponciano Díaz.

En suma, como en todo el mundo cristiano, en México hubo prosperidad desde 1888 hasta 1904. Bastante más que en otros países del Occidente, la bonanza económica mexicana únicamente benefició a unos cuantos. Aquí, como donde-

quiera, hubo orden y estabilidad pública, pero sólo en pocos puntos del planeta se dio un gobierno tan extremadamente autoritario y unipersonal como el nuestro. A la luz de la historia universal, el milagro porfírico se redujo a milagro de santo de segunda. Porfirio Díaz y su cuadrilla de «científicos» se empeñaron en insuflarle a México modernidad, riqueza y homogeneización; sus soplidos produjeron mucho humo y poca llama.

La momiza

La danza de los viejitos puede simbolizar la conducta política y económica de México a partir del 11 de julio de 1904, a las 10 de la mañana, desde el instante en que la muchedumbre se entera, por repique y por bando, de que las elecciones, de las cuales no se enteró, favorecieron para asumir la presidencia de la República a un hombre de 75 años y vastísima experiencia presidencial, y para sentarse en una silla recién inventada, en la silla del vicepresidente, a un norteño de 56 años, muy poco conocido fuera de Sonora, pero sin duda científico y progresista y sobre todo fuerte como una estatua, capaz de suplir a don Porfirio que ya comenzaba a dar señales de ser mortal y en cualquier momento podía darle un susto a la nación acabando como cualquier hijo de vecino tendido entre cuatro velas. Don Porfirio cumplía los 75 años muy derecho y solemne, mas no sin la fatiga, los achaques, las grietas y las cáscaras de la senectud. Ya no le faltarían dolorcillos y molestias que lo obligarían a ir de vacaciones a Cuernavaca o Chapala. Ya no era el roble que fue. Aun el cacumen y la voluntad se le reblandecieron. Las ideas se le iban y no le venían las palabras. En cambio, le afloraban las emociones; dio en ser sentimental y lacrimoso, y con ello, malo para expedir ucases. Y a medida que se le escapaba el talento ejecutivo, lo oprimía la suspicacia senil y desconfiaba de sus colaboradores más que nunca.

Junto al jefe menguante, en los puestos visibles del aparador político, pululaban otros ancianos no menos achacosos; eso sí, personas muy bien vestidas y barbadas que no podían ocultar con sus trajes y pelos las arrugas de la piel, el arrastre de los zapatos y los rechinidos de las articulaciones enmohecidas. Nada cubría ya sus vidas matusalénicas. La edad promedio de ministros, senadores y gobernadores era de 70 años. Los jovenazos del régimen, apenas sesentones, constituían la cámara baja. Los de más larga historia, tan larga como la república, eran jueces en la Suprema Corte de Justicia. En otros términos, los báculos de la vejez del dictador eran casi tan viejos como él y algunos más chochos. Varios de los ayudantes de don Porfirio fueron sus compañeros de armas y no tenían por qué ser más jóvenes que él. Otros, los científicos, nacieron en la franja temporal 1841-1856, y por esa causa pertenecían, casi sin excepción, a 8% de sus compatriotas de más de medio siglo. Entonces la mitad de los mexicanos tenía menos de 20 años, y 42% entre 21 y 49. La República era una sociedad de niños y jóvenes regida por un puñado de añosos que ya habían dado a la nación y a sí mismos el servicio que podían dar, excepto ilustres personalidades: Justo Sierra, José Ives Limantour y Bernardo Reyes.

Sierra, secretario de Educación Pública desde 1905, revitaliza la cultura nacional y obra como si viviese los comienzos de una época. Limantour continúa desempeñando a las mil maravillas el papel de mago de las finanzas. Los presupuestos con superávit siguen arriba y adelante. En el año fiscal 1903-1904 ingresan a la Tesorería 86 millones y salen 76. Tres años más tarde los ingresos han subido a 114 millones y los egresos a 85. En 1904 se contrata un nuevo empréstito con Europa de 40 millones de dólares. «Es una prestación —dice Limantour con no disimulado orgullo— que no disfrutará de garantía alguna especial; el Gobierno de la República sólo

empeña el nombre y el crédito de la nación.» «Una parte del empréstito —escribe Rabasa— debía servir para amortizar obligaciones emitidas al realizar una obra de trascendencia suma»: la nacionalización de los ferrocarriles. El mago funde las principales compañías ferroviarias y adquiere las acciones requeridas para influir de modo decisivo en la nueva organización. Por último, en 1905, con el fin de dar fijeza a los cambios, emprende una reforma monetaria de envergadura.

El otro hombre que no revelaba síntomas de decrepitud era Bernardo Reyes, pero fue retirado temporalmente de la Secretaría de Guerra donde había hecho un ejército muy disciplinado con mucha capacidad de lustre en los desfiles del 16 de septiembre. Después de él dejó de ser una máquina de guerra lustrosa y bajó su efectivo a menos de los 31 000 soldados. Según Vera Estañol, a la hora de los hechos se vio que

> estaba incompleto, mal equipado, inconvenientemente formado con tropa forzada… desarticulado, sin jefes militares de experiencia teórico-práctica, parcialmente corroído por el peculado… Y sin un centro director que conociera a fondo la distribución de las fuerzas, su número, sus factores de movilización, el terreno en que debía operar, la forma de la campaña y las demás condiciones tácticas y estratégicas necesarias.

Según el mismo Vera Estañol, el culpable de las flaquezas del ejército era don Porfirio, que le concedía muy poca libertad de obra a su secretario de Guerra. Éste era sólo un segundo secretario particular del jefe del Estado. Como haya sido, lo cierto es que el régimen acabó contando con pobres socorros políticos y militares.

En 1904-1908, el mayor apoyo de la dictadura fueron los hombres de empresa, no los ricos de abolengo, carentes de imaginación y gusto para las actividades lucrativas; sí la nueva burguesía formada por extranjeros y nuevos ricos mexicanos, la que aparte de practicar la *joie de vivre,* seguía metiéndole acelerador al progreso económico. Las inversiones extranjeras acudieron cada vez en mayor número hasta llegar a

los 1 700 millones de dólares, de los cuales 38% procedían de los Estados Unidos, 29% de Inglaterra y 27% de Francia. Los empresarios agrícolas, aun algunos de los antes reacios, hicieron menos lenta la marcha de la agricultura. El volumen de los productos agrícolas casi se duplicó en un trienio. El valor de los bienes para el consumo nacional producidos por el campo subió de 300 a 400 millones de pesos, y el de los productos exportados de 46 a 57 millones. Sólo la producción maicera se mantuvo en su pachorra. Las milpas dieron, como de costumbre, dos millones de toneladas de maíz anuales. La cosecha de chile ascendió de 6 000 a 7 000 toneladas. Los arrozales pasaron de producir 22 000 toneladas en 1903 a 32 000 en 1907, y las mezcaleras, de 16 000 litros de aguardiente a 28 000. Las subas en los frutos agrícolas de interés industrial fueron en casos verdaderamente asombrosos. El algodón casi dobló su volumen al pasar de 24 000 toneladas en 1903 a 43 000 en 1910, y lo mismo la caña de azúcar, que no mejoró de precio, y sí de bulto, pues subió de millón y medio de toneladas a dos millones y medio. En lo tocante a productos agrícolas para la exportación, hubo de todo. El café y el garbanzo se durmieron; la cantidad de henequén subió ligeramente y el precio bajó. El hule brincó de 200 toneladas en 1902 a 8 000 en 1909. El palo de Campeche siguió despeñándose, mientras la vainilla dobló su volumen y redujo a la mitad su valor. En la ganadería hubo asomos de arranque y nada más.

El ritmo de extracción de los metales preciosos vuelve a ser más ágil que el de los industriales. La producción de oro es de 15 toneladas en el ciclo 1902-1903 y de más de 30 en 1907-1908; la de plata, de 2 000 toneladas y 2 150. Como quiera, siguen cuesta abajo las cotizaciones de la plata. El zinc extraído en 1904 pesa 900 toneladas; el de 1907, 23 000 toneladas; el plomo cae de 100 000 a 75 000. El volumen y el precio del cobre suben. Pero nada comparable a la carrera ascendente del

fierro y el petróleo. Al principiar el siglo se generan menos de 3 000 toneladas de aquél y al concluir su primera década 60 000. Al amanecer el siglo extrajimos 5 000 barriles de petróleo anuales y un decenio después, ocho millones de barriles. El alza en la cantidad fue de 156 000% y en el valor de 114 000 por ciento.

El valor de la producción manufacturera monta de 167 millones en 1904 a 210 en 1907. La rama textil apenas pasa de 51 a 54 millones. En cambio, la siderúrgica brinca de dos a seis millones entre 1904 y 1909. La tabacalera opta por la lentitud: se recorre de 17 a 19 millones. También las industrias del azúcar y el alcohol se estancan. Por otra parte, comienzan a ser significativas las exportaciones de productos manufacturados. Consíguese exportar cuerdas, sombreros de palma, azúcar y uno que otro hilacho. En general, el comercio exterior pierde algo de impulso, pero sigue cuesta arriba y con un saldo en favor de México de buenos millones anuales. Estimadas en pesos de 1900, las importaciones ascienden desde 180 millones en 1904 hasta 225 en 1907; las exportaciones, de 222 millones a 246. Por lo demás no hay mudanzas dignas de nota ni en los productos ni en los mercados. El comercio interior se expande junto con los ferrocarriles. Año tras año se agregan a la red otros 500 kilómetros de vías. Pero el progreso y el orden dejan de ser cosas de admiración para la opinión pública mayoritaria. O mejor dicho, al dejar de ser novedades, el orden y el progreso dejan de ser el tema de moda en las conversaciones. Al principiar el siglo XX se producen dos manías en la población opinante. Una es la insistente pregunta que se hacen los más asiduos sostenedores del régimen: y después de Díaz ¿qué?

Procesión de los peros

Casi todos los grupos sociales, con excepción de la minoría amamantada por el poder, participan en la Procesión de los *peros.* La gente da en hablar de los defectos de la prosperidad y el orden porfíricos; da en ponerle peros a los hombres y los actos oficiales. La dictadura entra en una senda de soledad y animadversión difícil de entender en su conjunto. De un día para otro, don Porfirio y su camarilla empiezan a restar admiradores y sumar críticos. El sentir de la opinión pública tanto exterior como doméstica le retira su confianza al Porfiriato. Adentro, los letrados más o menos jóvenes, la mayoría de la clase media urbana, los rancheros y este y aquel terrateniente, los sacerdotes y más de un obispo, los artesanos y trabajadores industriales, los peones «libres» que trabajan temporalmente en los Estados Unidos dan en empequeñecer al que poco antes era para todos el gran protector, la providencia en la tierra, el árbitro supremo, el superhombre, el héroe de la paz, el arquitecto de la regeneración nacional, el Justicia Mayor, el coloso del progreso, el taumaturgo que podía calmar los vientos y las aguas. Para propios y extraños el régimen se achica y se afea.

Los otros países empiezan a desmentir el milagro mexicano. Unas veces son artículos y libros de autores extranjeros los que pintan la situación mexicana con pinceladas oscuras. Otras veces son las relaciones internacionales las que sufren

tropiezo. De un lado recibe Díaz la Gran Cruz de la Orden del Baño y las insignias de la Orden del Sol y la visita del secretario de Relaciones estadunidense, Elihu Root. De otro, tiene roces de consecuencias con los países limítrofes. Con Guatemala las relaciones se ponen al rojo vivo a causa del asesinato en México del ex presidente de aquel país, general Manuel Lisandro Barillas. El gobierno de Díaz pide la extradición de los autores intelectuales del crimen. Guatemala se niega. Ambos países movilizan tropas con el deseo de que se encuentren. También el gobierno de los Estados Unidos comienza a saborear la caída de Díaz cuando éste inicia un *flirt* con el Japón y comete varios pecadillos de independencia.

Dentro de las fronteras del país, los jóvenes letrados se vuelven muy agresivos. Ellos constituyen la generación modernista o criticona, nacida entre 1858 y 1872 inclusive y formada por regla general en normales de maestros y en escuelas de jurisprudencia. Los criticones habían sido educados, al decir de Vera Estañol, en escuelas públicas donde «habían adquirido convicciones e ideales sobre política, administración, economía, finanzas y sociología. Y como era natural, todos ellos aspiraban a poner en práctica esos ideales y convicciones y a tal propósito ambicionaban tomar parte activa en el gobierno», subir a las cimas soleadas del poder público. Esos jóvenes adultos, entre 30 y 45 años de edad, al sentirse suficientemente maduros para el gobierno, al ver que éste no los incorpora a sus filas, al darse cuenta que los poderosos los desdeñan y les plantan el calificativo de plebe intelectual, de pronto se transforman en críticos feroces de la situación. Además, atraen al redil de la crítica a los intelectuales verdaderamente jóvenes, a los nacidos entre 1873 y 1889, a recién egresados de escuelas profesionales o todavía alumnos de ellas. A partir de los primeros seis o siete años del siglo XX,

dos generaciones, la modernista y la del Ateneo, se hacen una en sus actos de murmuración contra el régimen.

Lo motivos de orgullo del dictador son convertidos por los jóvenes intelectuales en motivos de crítica. Así, por ejemplo, la inmigración extranjera de hombres, capitales y modas. Los jóvenes acusan a Díaz de extranjerismo desmesurado; le achacan la venta a 28 favoritos de unos 50 millones de tierras maravillosamente fértiles para que fueran traspasadas a las compañías extranjeras; la entrega, por un plato de lentejas, de la mitad de Baja California a Louis Huller; la cesión a Hearst, «casi por nada», de tres millones de hectáreas en Chihuahua; el casi regalo de terrenos cupríferos al coronel Greene en Cananea; la escandalosa concesión de la región del hule a Rockefeller y Aldrich; la venta absurda de los bosques de México y Morelos a los gringos papeleros de San Rafael; la venta a compañías norteamericanas de negociaciones mineras en Pachuca, Real del Monte y Santa Gertrudis; la modificación del código minero para favorecer las propiedades hulleras de Huntington; el monopolio metalúrgico de los Guggenheim; ciertas concesiones personales al embajador Thompson para organizar la United States Banking Co. y el Pan American Railroad; las empresas petroleras de Lord Cowdray; el hecho de que en la capital de 212 establecimientos comerciales sólo 40 fueran de mexicanos. La juventud intelectual en nombre del patriotismo acusa al régimen de acciones consideradas por el dictador y los porfiristas como altamente patrióticas.

Contra Díaz y la momiza aferrada al poder político y económico, la juventud intelectual despliega un enorme catálogo de peros; sólo de peros. No es revolucionaria; no aspira a la realización de valores nuevos; no anda tras otras metas. Es patriótica como la élite porfiriana. Busca, como sus enemigos, la libertad, el orden y el progreso. Es una juventud liberal a lo Juárez, leguleya a lo Iglesias y progresista a lo Díaz, pero

muy ganosa de poder, muy harta del viejo condecorado y de la burocracia servil, del clero pomposo y conciliador, de la alcahuetería de los científicos, de los figurones de nariz levantada, de los influyentes, de los millonarios ostentosos, de los jefes políticos y de los jueces que aplicaban el código civil a los ricos y el código penal a los pobres. Contra rapiñas, arbitrariedades y abusos que no contra principios y usos se reúne en 1901, convocado por Camilo Arriaga, aquel Congreso de San Luis Potosí de donde sale la Confederación Liberal, autora de un manifiesto muy poco revolucionario, muy apegado a la doctrina del liberalismo, muy antiporfirista. En él se acusa a Díaz de haberse rodeado de individuos-maniquíes «desprovistos de carácter y energía», cuya conducta es «inicuamente arbitraria y sospechosamente productiva» para ellos. Un segundo congreso, reunido en 1902, sube el tono de la protesta sin apartarse de la plataforma liberal. En él se votan la efectiva libertad de expresión, el sufragio efectivo, el municipio libre, la reforma agraria y la iniciativa de cubrir a la nación de clubes liberales. De hecho se forman unos 200 que se expresarán al través del periódico *El Renacimiento*.

En 1903 los arriaguistas lanzan otro escrito firmado por Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, Juan Sarabia, los hermanos Flores Magón y tres mujeres, donde se ratifica el propósito de combatir al clero y se añade el de luchar contra el militarismo; donde se habla de la dignificación del «proletariado» y se despotrica contra los ricachones, los extranjeros y los funcionarios públicos. La reacción gubernamental es rápida y violenta. Arriaga y los Flores Magón se refugian en los Estados Unidos. Allá se pelean entre sí. Los Flores Magón organizan entonces un partido liderado por ellos, Sarabia, Antonio Villarreal y Librado Rivera. En julio de 1906, esparcen desde San Luis Misuri un programa político antirreeleccionista, antimilitarista, librepensador, xenófobo, anticlerical, la-

borista y agrarista. Toda la clase media urbana no dependiente del presupuesto público, no sólo la flor intelectual de esa clase, acaba por ser antiporfirista en nombre del liberalismo. Los chistes contra Díaz y el apodo de científicos, con que se bautiza a los esbeltos y respetables sabios asesores del tirano, se fraguan en las tertulias de la medianía. Allí se maldice la opulencia desaforada de los poderosos; allí se culpa al gobierno de la penuria angustiosa de los humildes; allí se murmura que todo va de mal en peor.

Los rancheros (parvifundistas y arrendatarios) pasan por un buen periodo entre 1904 y 1907, pero aun así se integran al coro de los enemigos del régimen. Quieren que don Porfirio le deje la silla presidencial a uno más nuevo. No a Limantour, creador de la plaga de los receptores de rentas. No a Corral, hechura de Limantour. Sí a alguien que no se acuerde del pueblo sólo a la hora de pagar las contribuciones o cuando alguien comete una fechoría. También los braceros, en su gran mayoría peones «libres» de las llanuras norteñas que periódicamente acuden a los Estados Unidos para trabajar en las pizcas o en la construcción de ferrocarriles o en las fábricas, se vuelven detractores de la dictadura; cuentan que en el otro lado sí tienen un señor gobierno, que allá se ganan jornales de oro. Y dicen horrores de la situación de su país, especialmente de los jefes políticos.

Más estruendoso aún es el rompimiento de la ya numerosa clase obrera (700 000 hombres) con el régimen. «Los bajos salarios —escribe Daniel Cosío Villegas—, las jornadas interminables, el trabajo dominical y nocturno, la insalubridad e inseguridad de los talleres y ciertos abusos flagrantes como multas, fueron asociando a los obreros hasta hacerlos sentirse fuertes para desafiar al patrón, al gobierno y al país.» Al patrono venían desafiándolo desde el principio de la era liberal; con las autoridades había habido piques de poca importancia

y con el país ningún roce. Desde 1904 o 1905 las relaciones obrero-patronales se deterioran. Algunos gobernadores advierten el crecimiento de la ira obrera y tratan de anticiparse a la chamusca. Así los del Estado de México y Nuevo León con sus leyes sobre accidentes de trabajo. A partir de 1906 estallan tres conflictos de fuste: la huelga de Cananea, la protesta de los obreros textiles del oriente y el lío con los ferrocarrileros del norte. Lo de Cananea fue político, xenófobo y laboral. Los trabajadores de la empresa cuprífera habían formado una unión que hizo suyas las resoluciones tomadas por la Junta Organizadora del Partido Liberal el 28 de septiembre de 1905. Pero más que contagio floresmagonista, el resorte de los cananeos «fue la presencia de tanto gringo y el espectáculo que daban al ocupar no sólo todos los puestos directivos de la empresa, sino de otras compañías subsidiarias y aun simples comercios, y el hecho de que esos gringos no se mezclaban con los mexicanos». Éstos, además, recibían por el mismo trabajo una retribución menor que la acordada a los desteñidos. En fin, los obreros de las minas habían acumulado muchos malos modos antes de lanzarse a la huelga el 1º de junio de 1906 y de sobrevenir la impresionante masacre de trabajadores ejecutada por la policía del otro lado.

La huelga de los mecánicos del Ferrocarril Central explotó en Chihuahua. Fue persistente y con intervención presidencial. Los huelguistas acudieron a don Porfirio; éste los recibió y colmó de atenciones y dijo parecerle «injusta e inaceptable» la gana trabajadora de querer compartir la dirección ferrocarrilera con el patrono, pero él haría lo posible para lograr de los empresarios «lo justo y legítimo». Y así lo hizo y el lío se deshizo, cosa que no pasaría en la llamada huelga de Río Blanco, en donde anduvieron metidos más de 30 000 trabajadores; medió Díaz y su mediación resultó tiro por la culata. El lío comenzó con la hechura del Gran Círculo de Obreros

Libres en abril de 1906; siguió con la publicación de un periódico radical; se enmarañó con la tendencia de los patronos del ramo textil a pagar cada vez menos y a exigir cada vez más del trabajador; se ahondó con la alianza de los obreros poblanos; se puso al rojo vivo porque los industriales de Puebla y Tlaxcala expidieron un reglamento de labores duro; ardió al decretarse la huelga el 4 de diciembre de 1906. Los huelguistas redactaron un contrarreglamento; esto es, un tímido pliego de peticiones justificadas. El 14 de diciembre acudieron al arbitraje de Díaz. Pasó el tiempo. La necesidad apretaba entre los 30 000 trabajadores parados. Los patronos tomaron la decisión de cerrar sus negocios y no admitir el arbitraje de don Porfirio, quien de cualquier modo propuso una salida grata a los obreros. Éstos, movidos por los gruñidos del hambre, acudieron al robo y la pira, y la autoridad respondió con la violencia indiscriminada. Después de matar y hacer prisioneros por docenas, el fuego cesó el 9 de enero de 1907, pero el rescoldo se mantuvo.

Los sacerdotes y la inteligencia católica también participaron en la moda de tocarle los bigotes al viejo dictador y poner en entredicho las tareas pacificadora, liberal y progresista. Aunque sin ningún acento heroico y menos trágico, la gente de sotana se sumó al antiporfirismo, quizá porque cayó en que se le había dado atole con el dedo por muchos años, que las leyes de Reforma no habían sido derogadas, que los funcionarios públicos eran masones, que Díaz volvía a tener la obsesión del «peligro clerical» y que el papa León XIII, recién muerto en 1903, había dejado la recomendación a los sacerdotes de tomar el partido de los de abajo. Un Congreso Católico en Puebla propuso remedios para conseguir la mejoría moral del indio. En septiembre de 1904, José Mora del Río, obispo de Tulancingo, juntó a los intelectuales católicos para examinar la embriaguez, la miseria y la servidumbre de los

campesinos. En 1906, un tercer congreso agrícola y católico, reunido en Zamora, estuvo porque la gente campesina tuviera servicio médico gratuito, aumento de salarios, cajas de crédito Raiffeissen y la doble enseñanza del catecismo cristiano y la economía doméstica. Entonces fue cuando el viejo se encolerizó y dijo que no le alborotasen la caballada. Ya era tarde. La marca del descontento había alcanzado niveles muy peligrosos. Los peros no cesaban de arreciar. Cada vez se acometían peores murmuraciones.

*Los científicos II**

Se da el nombre de *científicos* a los capitanes de la sociedad mexicana en el ocaso del XIX y la aurora del XX. Algunos se inclinan por reservar tal denominación sólo para los amigos de Limantour, pues ellos se autollamaron así. Hay quien prefiere el apodo de *cientísicos* a sabiendas de que es hechura de la mala leche del vulgo. La cifra de cien es correcta, corresponde al número de notables que orquestó el atardecer de la época liberal mexicana. El nombre de tísico lo usaron los griegos y lo usa la gente humilde de habla española para señalar al que se extingue, al decadente, al flacucho, al tosijoso, al ya reclamado por la tierra. Y ése fue el caso de los prohombres del otoño del Porfiriato. A ellos les tocó representar la decadencia del estilo de vida romántico y liberal. Ellos fueron la tisis del antiguo régimen. Así lo reconoce el maestro Jiménez Moreno al denominar a esa generación con los pulquérrimos adjetivos de «posreformista» y «posromántica». Por otra parte, fue una generación de eminentes figuras intelectuales. Quizá por eso mismo, Germán Posada, un colombiano perteneciente a la secta de los devotos del enfoque generacional de la historia, la denomina «generación ilustrada de 1875».

El asunto del nombre es lo de menos. La cuestión de quiénes pertenecieron a ese grupo es más importante. Posada asegura que la generación de 1875 comprende a los nacidos en-

tre 1840 y 1855. Jiménez Moreno excluye a los oriundos de los años cuarenta e incluye en ella a todos los del decenio siguiente. Con los excluidos forma una generación «epirromántica» muy difícil de deslindar, pues nunca se aglutinó ni tuvo cara propia. Lo cierto es que la mayoría de los dichos epirrománticos se consideraban *científicos* y fueron amigos y compañeros de viaje del jefe Limantour, el epónimo de la tanda. Los que en alguna forma llegaron a ostentar la marca científica nacieron generalmente en el marco temporal 1841-1856. Como quiera, tiene razón Jiménez Moreno al incluir en el equipo a algunos con fecha de nacimiento posterior a 1857 o 1858.

La gran mayoría brotó en un quindenio de desbarajuste nacional y en la zona de la República más desgarrada por las guerras civiles e internacionales. Ocho de cada 10 nacieron en la altiplanicie. Sin embargo, hay un mayor número de abajeños que en las dos generaciones precedentes. En Yucatán y en horas de suma turbulencia para la península, durante la crudelísima guerra de castas, nacieron cinco de la hornada científica. En las tierras bajas de Veracruz y Tabasco, y en tiempos poco tranquilos, dominados por las guerras de invasión norteamericana y de Ayutla, nacieron otros 10. Sólo hubo dos oriundos del nordeste y apenas uno del noroeste. La altiplanicie situada al norte del trópico, formada por los estados de Chihuahua, Coahuila, Durango y Zacatecas, fue cuna de 12, mientras Jalisco sólo de media docena y Guanajuato de tres. En Michoacán, y en un quindenio muy revoltoso, dieron su primer grito cinco de la élite científica; en San Luis Potosí, tres, y en Aguascalientes, dos. Las serranías del sur, o sea, los agitados territorios de Chiapas, Oaxaca y el futuro Guerrero, acunaron a seis. Los estados próximos a la capital, es decir, México, Puebla y Querétaro, fueron la patria chica de siete científicos. Los 27 restantes del ciento se consideraban natu-

rales de la capital de la República, de la mera metrópoli. Ninguna generación anterior había tenido un porcentaje tan alto de gente oriunda de la capital. Más de la cuarta parte de los científicos nació en una ciudad donde sólo vivía el 3% de los mexicanos y en una hora muy agitada por el robo gringo de la mitad del suelo patrio, la última dictadura de don Antonio López de Santa Anna y las primeras reformas de los liberales.

A los científicos se les atribuye sangre azul y cunas de oro. Si no, ¿cómo se explican sus buenos modales? Sepa Dios, pero la verdad es que aquellos figurines de la última moda de París no fueron generalmente vástagos de la aristocracia. Los nacidos fuera de México, con excepción de Francisco Cosmes y José Negrete, hijos de diplomáticos, se dice que llegaron a su patria adoptiva con humos pero sin otros síntomas de alcurnia. Así los españoles Telésforo García, Enrique de Olavarría y Ferrari e Íñigo Noriega; los germanos Miguel Schultz y Enrique Rébsamen; el gringo Tomás Braniff y el francés Ernesto Pugibet. De los aborígenes de México únicamente 11 provenían de familia opulenta y quizá otros tantos de hogar humilde. Sesenta y pico tenían un origen modesto de clase media y una fisonomía mestiza. El nombre de siete denunciaba su extracción sajona. Quizá el doble podía alegar su pureza de sangre latina. Rosendo Pineda era tan indio como Juárez. La mayoría, por primera vez en una élite mexicana, fue producto de la junta trisecular de genes indios y españoles.

Muy pocos de los científicos eran hombres de campo. Sólo 20 nacieron en congregaciones sin aires urbanos. Más de la cuarta parte, como se acaba de decir, nació en la capital, que albergaba a 200 000 personas. En centros de 50 000 a 75 000 habitantes, en Puebla, en Guadalajara, en Guanajuato o en León, comenzaron 10; en ciudades de 25 000 a 40 000, únicamente cuatro; en ciudades de 10 000 a 25 000, 11, y en villas de 5 000 a 10 000, unos 15. Olavarría vino de Madrid, Negre-

te de Bruselas, Cosmes de Hannover y Braniff de Nueva York. En pueblos, rancherías o ranchos no nacieron arriba de 20, y sobre todo no pasaron su niñez en localidad rústica arriba de ocho. Con motivo de los estudios se alejó a los pocos de oriundez ranchera del medio rural.

Los científicos llegaron a constituir una aristocracia urbana y preponderantemente política, económica e intelectual. Quizá sólo Mariano Bárcena, Elías Amador, Rovirosa, Ramón Corral y Aguilera aprendieron a leer y escribir antes de urbanizarse. Los demás asistieron a planteles citadinos, y cosa de un tercio, a escuelas metropolitanas. De los nacidos dentro del territorio mexicano, Eulogio Gillow se educó desde la más tierna infancia en Inglaterra. Sólo 10 no tuvieron más educación formal que la primaria. La mayoría estuvo en ilustres y antiguos colegios de México, Mérida, Guadalajara, Oaxaca, Puebla o Morelia; y 15, muy influyentes, estrenaron la calentita Escuela Nacional Preparatoria, fundada por Barreda en 1868 con la intención de conducir a la *juventud* a un puerto seguro, «al puerto de lo comprobado, de la verdad positiva», mediante un programa de cursos que partía de las matemáticas y paraba en las lucubraciones sociales tras de hacer estaciones en astronomía, física, química y biología. Esto es, en el periodo de los 15 a los 30 años, en la sesquidécada en que, según Ortega y Gasset, se «recibe del contorno: se ve, se oye, se lee y se aprende», 15 futuros grandes de la generación recibieron una sabiduría muy diferente de la de los seminarios eclesiásticos, muy moderna y científica. En cambio muy pocos, y no los mejores, fueron instruidos en las humanidades eclesiásticas. La generación científica fue escasamente católica y menos alatinada desde la juventud; ya no conoció de milagros ni de mitologías; se educó en el repudio de toda metafísica y cultura clásica; se formó en el culto a la ciencia.

Por otra parte, los jóvenes que pronto llegarían a ser eminencias eran el polo opuesto de la juventud henchida de inconformidad individualista de la gente de la Reforma. Los jóvenes del elenco científico, educados en el positivismo filosófico, se caracterizaron por sus modales de sumisión, por su obediencia ciega a lecciones, usos, costumbres y modas. Ochenta ingresaron en una o más de las pocas escuelas de nivel universitario que ofrecía el medio. Un buen número no pudo o no quiso romper con la costumbre de ser abogado, pues la opinión lo esperaba todo de los leguleyos. Treinta (43% de los miembros de la hornada que llevaron sus estudios hasta la obtención de un título) recibieron patente de abogacía. Como no había sucedido en las dos pléyades anteriores, en la científica hubo un alto porcentaje de médicos (13, el 19%) y de ingenieros (14, el 20%). La cifra de sacerdotes se redujo a cuatro y la de maestros de carrera subió a cuatro. Dos recibieron diploma de arquitectura; dos, de pintura; y dos, de música. Algunos ganaron la consagración profesional en universidades de gran renombre. Leopoldo Batres, Antonio Rivas y Eduardo Tamariz, en París; Eulogio Gillow, Francisco Plancarte y José Mora, en Roma; e Ignacio del Villar, en Oxford. Algunos adornaron su profesión con conocimientos adquiridos en otras profesiones. Por ejemplo, el ingeniero Santiago Ramírez estudió, además, pintura; el ingeniero Mariano Bárcena, pintura y música; el arquitecto Tamariz, agricultura; el antropólogo Batres, milicia, etc. Es digna de nota la propensión enciclopédica. Hubo gusto por el profesionalismo, que no por la especialización. En ésta se vio un peligro, una forma de empobrecimiento del ser humano.

Antes de despedirse de la juventud, y todos en mayor o menor grado, aparte de las profesiones avaladas por un papel, ejercieron las de poeta, orador, profesor, periodista y político. Como de costumbre, la literatura fue la máxima devoción ju-

venil. Como en las generaciones previas, los primeros entusiasmos fueron poéticos, no obstante el clarísimo desdén que les manifestaban las musas y ellos a las musas. Si hemos de creer a los críticos de los poemas juveniles y románticos de la grey científica, sólo se salvan los de Manuel Acuña, quien, como es bien sabido, desde Saltillo dio el salto a México para ser preparatoriano, médico, dramaturgo, periodista, poeta, enamorado y suicida antes de cumplir dos docenas de agostos, en 1873. También se consideran memorables las *Horas de pasión* de Juan de Dios Peza, pero la verdad es que la grey científica no fue apta para el romanticismo y sí para ridiculizar la poesía romántica, como parece demostrarlo un poema de 1874:

> ¿Por qué te vas, mi bien, por qué motivo
> sin razón te separas de mi lado,
> dejándome de pena contristado
> y sumergido en el dolor más vivo?
> ¿Por qué apartas de mí tu rostro esquivo
> y a otra parte lo vuelves enojado?
> ¿Qué causa di a rigor tan impensado
> y a furor tan cruel e intempestivo?
> ¿Por qué te vas, no sabes, ángel mío,
> que con tu ausencia el alma me asesinas,
> que extasiado de amor yo me extasío
> contemplando tus gracias peregrinas?
> ¿Por qué te vas, por qué tanto desvío?
> —Voy a echarles maíz a las gallinas.

Otras tres aficiones juveniles de los científicos se pueden despachar en un párrafo. Quien más quien menos, todos le tomaron gusto a la enseñanza y enseñaron generalmente en la prepa, en centros profesionales o en colegios civiles de la provincia. El médico Parra tomó tan en serio su afición a impartir filosofía, que apenas hizo otra cosa. El abogado Limantour enseñó economía en la Escuela Nacional de Comercio, y el ingeniero Bulnes sentó cátedra de todo y en todos los planteles a su alcance. La mayoría estaba integrada por jóvenes periodistas. Según costumbre del siglo XIX, no se limitaron a

enviar colaboraciones a la multitud de los periódicos en circulación; agregaron más nombres al gran número de publicaciones periódicas. «Desde la Constitución de 1857, el culto a la oratoria había sido muy vivo en México» y es muy comprensible que la juventud de la República restaurada, regida por los grandes tribunos de la Reforma, quisiera ser pico de oro. Muchos de aquellos jóvenes llegaron a las cumbres de la elocuencia. A Chinto Pallares «ni siquiera le faltaba —según Alfonso Reyes—, el gran recurso de los oradores románticos: la heroica y desaliñada fealdad».

De la oratoria a la política sólo había un paso y la gran mayoría lo dio. Antes de cumplir los 30, los científicos ya andaban en los tormentosos rejuegos de la política, salvo el cuarteto de sacerdotes, un quinteto de empresarios incipientes y quizá una docena de intelectuales. Antes de ser oficialmente adulto, Díaz Covarrubias fue ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos. A los jóvenes cientísicos nunca se les dio pie para quejas contra la generación de la Reforma, pues ésta los presentó en sociedad y los dejó hacerse su aureola política antes de la hora de la *iniciación,* que para la hornada científica debió haber comenzado en 1877, a raíz de la revuelta de Tuxtepec, de la quitada de mandos a los reformistas y del ascenso al trono de Porfirio y los de su camada. Como quiera, 1877 es un año clave, es el año de la irrupción tumultuosa de nueva gente en la vida pública. Entonces los más fueron admitidos como principiantes en alguna de las élites y comenzaron a dar color, el color gris de los científicos.

Instalada la mayoría en los grandes escenarios de la capital o en media docena de ciudades mayores, los científicos, que sólo habían sufrido una baja (la del médico-poeta Acuña) y que daban la impresión de tener muy pocos disidentes, se manifestaron en su verdadera esencia, en sus íntimas propensiones a partir del triunfo de Díaz. El grueso se manifestó

mayoritariamente positivista a las maneras de Comte, Taine, Mill y Spencer. Declaró su fe en el destino triunfal del más apto. Gritó su inconformidad con la edad teológica recomendada por los conservadores, y con ello se ganó el aplauso de los jacobinos de la pléyade de la Reforma. Gritó su inconformidad con el liberalismo anárquico de los reformadores que sólo había servido para destruir el antiguo régimen y no para edificar uno nuevo, y con ese grito obtuvo el plácet de la generación ordenadora o porfírica. Además, propuso una nueva imagen de México que destruía los mitos del cuerno de la abundancia y la criollidad. Por lo que toca a los recursos naturales de México, la promoción científica difunde el estribillo de que sólo contamos con «maravillas que encantan a la vista». Pablo Macedo dictamina: «Nuestro suelo es fabulosamente rico en la leyenda; difícil y pobre en la realidad». Justo Sierra escribe: «Las condiciones meteorológicas no son propicias por la ausencia de nieves en invierno». Francisco Bulnes declara: «Es una gran maldición nacional el tener medio cuerpo en el trópico». Todos a una corean: «No reportan ningún beneficio al progreso de la patria el mazacote indígena ni la aristocracia criolla». Todos a una le declaran su amor (amor propio) a la clase media mestiza, que, por ser todavía tan débil, necesita el refuerzo de la inmigración europea. Creel aseguró: «Cien mil inmigrantes europeos valen más que medio millón de indios pelados, léperos, rotos, holgazanes».

Y más importante que lo dicho es lo hecho en la temporada 1877-1892. En el orden de las artes, José María Velasco se puso a retratar con espíritu realista el valle de México, y en 1889 se fue a Europa; Félix Parra, el pintor de la historia mexicana, estuvo empapándose de la nueva pintura europea desde 1878 hasta 1892; el músico Ernesto Elorduy tampoco se dejó ver porque también anduvo limándose en los países

europeos, mientras Félix María Alcérreca dirigía *El Cronista Musical,* fundaba la orquesta del Conservatorio y componía algunas obras, y el pobre José Guadalupe Posada se daba a querer en *El Jicote* como grabador. En el orden de la cultura literaria, donde también se hizo sentir la influencia parisiense y el tránsito del romanticismo al realismo, la pizca fue caudalosa. Hubo tres dramaturgos fecundísimos: el malucón Alfredo Chavero, el buen José Peón Contreras y el «cochino» Alberto Bianchi, quien por ponerse demasiado realista en *Los martirios del pueblo* y los *Vampiros sociales* cayó en el bote. Hubo seis poetas de poca estatura: el incurable romántico Rafael Cisneros, el bucólico Justo Sierra; el elegante Agustín Cuenca, en viaje de la literatura romántica a la realista; el tropical Rafael de Zayas, que se mantuvo indeciso entre ambas aguas; el erótico y sentimental Agapito Silva, y Juan de Dios Peza, cursilón en sus *Cantos del hogar* y grandilocuente en sus poesías patrióticas. Hubo cinco novelistas renovadores: Enrique de Olavarría, malhecho autor de 36 volúmenes de *Episodios nacionales mexicanos;* Arcadio Zentella, protorrealista; Rafael Delgado, realista con muchos resabios románticos; Negrete, que murió joven y escribía novelas pornográficas con personajes que coincidían con los de la realidad, y Emilio Rabasa, que con su tetralogía *(La bola, La gran ciencia, El cuarto poder* y *Moneda falsa)* se convierte en el indiscutido padre de un realismo de buen humor. En el orden de la cultura histórica, gracias a Chavero, al cura Andrade, a Olavarría, a Elías Amador, a Pancho Sosa, a Juan Francisco Molina, a Batres, a Plancarte, a Villar y a Francisco del Paso, se impuso el culto al monumento y al documento en una veintena de obras. En el orden de la cultura jurídica hicieron ilustres tratados José Díaz Covarrubias, Agustín Rodríguez, Jacinto Pallares, Pablo y Miguel Macedo. En el orden de la cultura pedagógica levantaron polvareda con sus innovacio-

nes Díaz Covarrubias, Manterola, Flores, Miguel F. Martínez, Schultz y Rébsamen. En el quinquenio 1877-1892, Telésforo García, Francisco Cosmes y Porfirio Parra, con artículos, con libros y con una *Oda a las matemáticas,* le dieron vasta difusión a la filosofía positivista. Muy pocos se abstuvieron del periodismo y muchos tomaron esa actividad con gusto y de tiempo completo: Filomeno Mata, el aguafiestas; Elías Amador, apóstol del protestantismo; Rafael Rebollar, el del *Diario Oficial;* Victoriano Agüeros, abogado del catolicismo; José María Villasana, caricaturista devoto del dictador; Telésforo García, ligado a *La Libertad;* Pascual García y Guadalupe Posada, que se vino a la metrópoli en 1888 y empezó enseguida a ilustrar corridos y ejemplos y varias publicaciones periódicas.

Los científicos del sector culto, como era de esperarse, dieron muchas pruebas de devoción científica: Santiago Ramírez, con tratados mineralógicos; Manuel Villada, con la hechura permanente de *La naturaleza* (1869-1914); Mariano Bárcena, con la fundación del Observatorio Meteorológico y una *Geología;* Domingo Orvañanos, en el Museo Nacional; José Rovirosa, con asiduas exploraciones de plantas y nombres tabasqueños; Francisco de Flores, con sus estudios del himen en México; Gaviño, al fundar el primer laboratorio de bacteriología que hubo aquí; Guadalupe Aguilera, al hacer la primera carta geológica de la República; y Daniel Muñoz Lumbier, al inquirir sobre la tisis, la enfermedad epónima de la generación.

En el orden económico, los científicos formaron una élite de mercaderes e industriosos como nunca antes se había visto: numerosa, sin ningunas aficiones por la agricultura señorial y consuntiva, poco inclinada al lucro agrícola, proclive a la industria, maniática de la minería y ya no sólo de metales preciosos, adicta a los ferrocarriles, la banca, la construcción,

el comercio de exportaciones e importaciones, verdaderamente empresarial, que hizo célebres los nombres de Mena, Molina, García Granados, Braniff, Aguilar, Noriega, Creel, Pugibet, Gayol, Castellot, etc. Desde antes de tomar el poder, la pléyade científica demostró con creces sus habilidades económicas, tan escasas en las generaciones de la Reforma y del machete. Desde su primera madurez demostró su aptitud para poner en práctica el progreso económico, aunque no siempre dentro de los cauces del nacionalismo, pues fue muy respetuosa de los intereses norteamericanos y europeos.

También demostró que podía, sin disminuir el poder de Díaz, dar al gobierno mayor eficacia y brillo, aplicándole la ciencia «de las leyes y relaciones naturales», adecuándolo al modo de ser nacional, convirtiéndolo en una tecnocracia. El realismo en la política fue puesto de moda por Alejandro Prieto, desde 1888, en el gobierno de Tamaulipas; por Bernardo Reyes, en Nuevo León, a partir de 1885; por Ramón Corral, en Sonora, de 1887 a 1891; por Rafael Pimentel, en el gobierno interino de Chihuahua, y por Rosendo Pineda, en la secretaría particular del ministro Romero Rubio. Por otra parte, los adultos jóvenes de la camada 1841-1856 ya no sentían en 1888 ninguna aversión a la dictadura, como lo dijo el diputado Bulnes aquel año: «El dictador bueno es un animal tan raro, que la nación que posee uno debe prolongarle no sólo el poder, sino hasta la vida». Las reformas políticas propuestas por la pléyade encumbrada por Romero Rubio constan en el manifiesto de la Unión Liberal: reajuste del ramo de guerra; sustitución del sistema tributario meramente empírico por otro sustentado en catastro y estadística; exterminio de las aduanas interiores y reducción de las tarifas arancelarias: política comercial apetitosa para capitales de fuera; asistencia preferente y asidua a la educación pública; mejoramiento de la justicia mediante la inamovilidad de ciertos jue-

ces, y, «para evitar peligros graves» y poder prevenir el tránsito del gobierno unipersonal y lírico al gobierno oligárquico y técnico, reforma del sistema de sustitución del presidente. Por otra parte Díaz, para imponer su anhelo de «poca política y mucha administración», necesitaba de un «estado mayor intelectual», que no podía constituir con el grupo de sus amigos y coetáneos tan broncos, torpes, escasos, heterogéneos y bastante desnudos de experiencia político-administrativa y, para colmo, con tendencias disgregatorias. Así pues, por necesidad y decisión de la dictadura, de la siempre renovada presidencia de Díaz, desde 1892 la hornada científica empieza su *gestión* sin ningún contratiempo, sin armar revueltas como era costumbre, sin siquiera meterle zancadilla a nadie. La muerte saca a don Manuel Dublán del Ministerio de Hacienda, y esto permite poner a prueba al muy viajado y culto profesor de economía política don José Yves Limantour, que desde 1893 recibe la consagración de ministro de Hacienda y el apoyo para conducir las finanzas públicas del nivel empírico al científico. La situación era crítica en 1893 por la devaluación de la plata y por la pérdida de las cosechas. El secretario científico, en vez de suspender pagos en el exterior, como solía hacerse en casos de apuro, suprimió empleos, redujo sueldos de la burocracia y reorganizó las recaudaciones. De tiempo atrás las cuentas del gobierno cerraban con déficit de millones. En 1895 se obtuvo el equilibrio de ingresos y egresos, y a partir de 1896 el superávit creciente. Además, el ministro laborioso pudo colocar en Europa un empréstito de tres millones de libras esterlinas y obtuvo la conversión de las deudas contraídas en 1888, 1889, 1890 y 1893 en una sola clase de títulos con interés del 5%. En 1896, Limantour se apuntó otra sonada victoria: la abolición de alcabalas, el exterminio de las aduanas interiores que entorpecían el tráfico

mercantil. Por último, en los primeros 12 años de su gestión, los ingresos federales se triplicaron.

El dictador, después de decirle en público: «General Reyes, así se gobierna», lo sustrajo de la gubernatura de Nuevo León para que, desde el Ministerio de Guerra, le reorganizara al ejército. Éste, ya sin enemigos al frente, padecía los estragos patológicos de la paz, en el que se daban con frecuencia fraudes, abusos e indisciplinas. Reyes lo recompuso todo. Aumentó los salarios de la tropa, y con oficialidad extraída de familias decentes y tropa arrebatada por la fuerza al proletariado —pues el vicio de la leva se mantuvo en pie—, dotó a México de una musculatura muy presentable, de un ejército bien vestido, bien alimentado, con buenas armas, capaz de lucirse en maniobras y desfiles y de ser temido sin tener apariencia brutal.

Y alrededor de los dos ministros reorganizadores (pues Sierra lo será hasta bien tarde) se acomodaron otros muchos miembros de la generación, y los fieles a uno de los ministros dieron en ver de reojo a los fieles del otro, y se produjo el desgaje del racimo, que el zorro de Díaz dejó prosperar para no perder ni un ápice de su poderío. Los alineados con Limantour se quedan con el nombre de partido científico y serían a poco andar los más próximos al poder, que no el poder mismo. Limantour escribe:

> No obstante las numerosas pruebas que [los científicos] le dieron de su adhesión, así como del vivo deseo que les animaba de no crearle dificultad alguna con su colaboración en el desarrollo de las instituciones y prácticas democráticas, el señor general Díaz abrigaba cierto recelo de que tomando el grupo mayor impulso, podría adquirir una influencia tal en la gestión pública, que le permitiera seguir algún día una línea de conducta distinta de la oficial.

Díaz, según Rabasa, procuró siempre «en una forma exquisita el conservar buenas relaciones» con los científicos de Limantour, pero les puso un hasta aquí cuantas veces pretendieron tratarle en plática «cuestiones de orden público». Con

todo, aunque tan tarde como 1904, consiguen que se restaure la vicepresidencia y que sea vicepresidente uno de los suyos, don Ramón Corral. Por otra parte, el grupo era tan capitalino que el poder cedido por el dictador no lo podían proyectar sino a los muy pocos estados donde tenían gobernadores suyos: Pimentel en Oaxaca, Creel en Chihuahua y Molina en Yucatán.

En suma, la pléyade científica, por culpa de su división interna, por culpa de su concentración en la capital y por culpa del amo todopoderoso, jamás ejerce en plenitud el mando político, que sí el económico y el cultural. En la última década del siglo XIX y primera del XX, un tercio de la hornada se dedica preferentemente a los negocios públicos; otro, a los ocios de la cultura, y el tercero, a los negocios privados. Éste, según sus admiradores, le da a su patria una época honorable, próspera, feliz, y una vida adinerada, palaciega, bien surtida de lujos y refinamientos importados de Francia. Según José López Portillo y Rojas, los científicos negociantes, que casi se confundían con los políticos, «fueron hombres de labor fecunda, por lo que a las cosas de la comunidad se refiere, y a la vez, esencialmente prácticos para la formación y el incremento de sus capitales privados». Según Rabasa, como eran inteligentes y sabelotodo «medraban naturalmente en el ejercicio de sus profesiones». Según decires de pósteros, salieron de pobres mediante los recursos de servir de enlace entre el gobierno y el capital de fuera y de asesorar a la banca y al fisco. En opinión del vulgo, eran una punta de cacos. En opinión de todos, dos excepciones fueron Bulnes y Sierra.

Don Alfonso Reyes se extraña de que «aquellos creadores de grandes negocios nacionales […] no se hayan esforzado por llenar materialmente el país de escuelas industriales y técnicas para el pueblo, ni tampoco de centros abundantes donde difundir la moderna agricultura». Reconoce la gigan-

tesca labor de Sierra al frente del Ministerio de Educación Pública y no desconoce la labor personal de una docena de sabios de la generación: el descubrimiento de especies vegetales y animales que hizo Bárcena, la *Pteridografía del sureste de México* de Rovirosa, los trabajos bacteriológicos de Gaviño, los *Fermentos oxidantes* de Muñoz, la *Sinopsis de geología mexicana* de Aguilera, los estudios médicos de Vértiz, el ensayo sobre geografía de las enfermedades de Orvañanos, la invención de una hélice para navegantes, de un anemómetro, de una máquina separadora de fibras y de un arado metálico de Agustín Manuel Chávez, y aun los frutos de la observación de ajolotes emprendida por el pintor Velasco.

También sorprende a don Alfonso Reyes que los científicos «no hayan discurrido siquiera el organizar una facultad de estudios económicos, una escuela de finanzas». Y no sólo eso. Únicamente Bulnes, los García Granados, Casasús y los Macedo, que eran unos desaforados todistas, escribieron esporádicamente sobre asuntos económicos. La venerada sociología tuvo aun menos ejercitantes. En cambio, el derecho y la historia contaron con los mejores. La historia, despejada generalmente de sus humos artísticos, rebajada a ciencia, produjo montones de mamotretos y más de una obra clásica. Chavero, arqueólogo e historiador improvisado de la era prehispánica, siguió tan fecundo como en la sesquidécada anterior. Batres, arqueólogo e historiador profesional, esparció muchas noticias acerca de toda clase de ruinas mexicanas; Del Paso, compilador insaciable de documentos referentes al crepúsculo de la edad precortesiana y al amanecer de la española, jamás escribió la historia de la medicina en México que iba a dejar a Flores hecho una basura y a él todo un señor médico; Andrade compuso una bibliografía mexicana del siglo XVII y varias biografías, microhistorias y travesuras; Molina, Gillow, Martínez, Prieto, Amador, Sosa y Corral escri-

bieron historias locales; Villar compuso genealogías; Ramírez, una crónica de la minería; Flores, otra de la medicina; Olavarría fue reseñador de teatro; Iglesias se especializó en rectificaciones históricas; Zárate, como historiador general del mundo y particularmente del siglo XIX mexicano; Cosmes, con *Los últimos treinta y tres años* de México, añadió cinco volúmenes al multivoluminoso Zamacois, y en la cumbre, Justo Sierra, y en colinas aledañas, los demás autores de *México. Su evolución social,* el ingente legado historiográfico de la hornada científica, el monumento que todavía adorna muchas salas de aristócratas, la obra digna de verse.

En la época de predominio, algunos hicieron literatura en ratos robados a la política y a los negocios. Casasús, embajador en Washington y brillante banquero, produjo múltiples y muy bien cotizadas traducciones de Horacio, Virgilio, Catulo, Tibulo, Propercio y de algunos poetas del clasicismo moderno. Como quiera, los más escriben o pintan dentro de la estética del realismo. La pintura y la literatura también se vuelven positivistas. El activo diputado Parra, el célebre doctor Parra de las familias bien, el filósofo Parra, profesor asiduo de la prepa, hizo la novela realista *Pacotillas;* el rijoso diputado Díaz Mirón, entre uno y otro homicidio, produjo obras tan fundamentales como *Lascas;* el hogareño embajador Peza, después de *El arpa del amor,* compuso unos *Recuerdos* y *esperanzas;* Delgado escribió la novela de *Los parientes ricos;* López Portillo, atareadísimo político, abogado, poeta e historiador, fue autor de verdaderas rebanadas de vida en un par de relatos novelísticos: *La parcela* y *Los precursores.* Fuera de Chavero y Olavarría, no hubo teatro, pues Peón se retiró de él en 1895, y mucho antes Esteva, «el ciego partidario del antirreeleccionismo». Y la retahíla debe concluir con el pintor Velasco, que reproduce directamente cuanto paisaje contempla, so pena de hacer una nómina insufrible que puede

redundar en detrimento de una pléyade tan mal vista desde que sobrevino aquella crisis de 1906, desde el lustro anterior a su fuga, desde unos años antes de recibir la *jubilación* forzada que les impuso la revolufia. Según Bulnes, el apodo de *científico* llegó a significar para la plebe «enemigo jurado del pueblo, más que un parricida, que un asesino de niños inocentes, o un traidor». Fue malquerido por los latifundistas a causa de la ley de instituciones de crédito de 1903; por los comerciantes, debido a la batalla científica contra el contrabando; y por el obrero, por ser la representación del patrono. Todavía más: en los últimos años de la dictadura, «el deleite supremo del general Díaz —un deleite mayor que todo deleite humano y divino— era escuchar calumnias sobre los científicos». Se les echaba en cara, en los mentideros de la clase media, su desmedido amor al mando, su afán de lucro, sus crecientes concesiones a los extranjeros, su ciencia sosa, su insensibilidad para el misterio y la religión, su monotonía solemne y aburrida, su alarde de mármoles, maderas finas, escudos y joyas. Las acusaciones de monarquismo, capitalismo, extranjerismo, positivismo, ateísmo, aburrimiento, orgullo y mal gusto se hacían principalmente a los limanturistas.

Al hacer ¡cuás! la dictadura, todavía estaban vivas y coleando las tres cuartas partes de las famas científicas. Landa, Sierra, Macedo, Corral, Limantour y otros se van a su querida Francia. Sierra, Peza, Delgado, Corral, Velasco, Rebollar, Mata, Parra, Agüeros, Pugibet, Casasús, Pineda y Posada, tan robustos y saludables en vísperas de la caída de su majestad Porfirio, mueren poco después del derrumbe. Nadie los toca ni con el pétalo de una rosa y, con todo, se agostan. Sólo Reyes y Alberto García Granados sufren golpes mortales; aquél, frente a Palacio Nacional; y el otro no sé dónde, pero sí por causa de su huertismo.

Como se sabe, en 1913 el general Victoriano Huerta decide compartir el poder político con su camada. Él escoge para sí el cargo de presidente de la República. Le concede a García Granados el Ministerio de Gobernación; a José López Portillo y Rojas, el de Relaciones; y a los demás coetáneos que se dejan engatusar, otras importantes chambas. En 1914 y 1915, por haber colaborado con Huerta, sale otro grupo de científisicos al destierro, aunque ya no a Europa, que estaba en llamas. En 1916 quedaban vivos y en su patria menos de la cuarta parte de las notabilidades de la promoción de Limantour y Reyes. Ciertamente, no todos los transterrados lo fueron a la fuerza. Ciertamente, ni los idos ni los quedados se dieron a la tristeza infecunda. La obra de los científicos, siempre bajo el signo filosófico y positivista, siempre pareja, es muy importante entre 1911 y 1920, y nada desdeñable del 21 para acá, cuando ya estaban fuera de circulación.

Treinta y cuatro de los científisicos sobrepasan la edad de 75 años. Rodríguez entra en la chochez como director de la Escuela Libre de Derecho; Olegario Molina, como desterrado en Cuba; Emilio Pimentel, agonizante; Bulnes, escribiendo sobre *El verdadero Díaz;* Dehesa, recién desempacado de su destierro en Cuba; Landa, preparándose para morir en Cannes, en plena Costa Azul; Francisco Molina, dándole fin a la monumental *Historia de Yucatán;* Ricardo García Granados, en plena hechura de una *Historia de México* de 1867 a 1915 y preguntándose *¿Por qué y cómo cayó Porfirio Díaz?* Díaz Mirón, a punto de entregar su equipo a la Rotonda de los Hombres Ilustres; Limantour, en París, sin esperanzas de volver a México, memorioso, en plena actividad autopanegírica.

A ninguna de las 12 élites que han regido sucesivamente la vida mexicana en las dos últimas centurias le ha ido tan mal con la posteridad como a ésta. Nadie la quiso desde que se apochotó en los puestos de mando más allá de la cuenta y

quizá desde que asumió una actitud de desdén hacia la multitud. Su altivez fue en perjuicio de su fama. A la hora de la muerte, que en el conjunto de la generación fue a los 68 años, algunos científicos recibieron perdón y aun honores, como Justo Sierra y como Salvador Díaz Mirón. Sesenta murieron en la capital mexicana sin mayor ruido; seis en Francia y en el más absoluto silencio; cinco como perros en Estados Unidos; siete más en diversos países y también con sordina, 19 en las provincias de su patria. Los más de los difuntos después de 1911 cayeron sin pompas fúnebres. Algunos hombres de letras han sido rescatados por los manuales de literatura mexicana. Velasco permanece en el altar mayor de la capilla de los pintores. Los políticos, casi sin excepción, le resultan muy apestosos a la posteridad revolucionaria.

Con ánimo de definirla, que no de defenderla, de la generación de los científicos cabe decir que fue una pléyade de metropolitanos, ya por nacimiento, ya por naturalización, producto de la clase media, formada en el positivismo y los modales parisienses, más conocedora de las teorías y las modas del Viejo Mundo que de la realidad de su propio país, crecida a la sombra de la «dictadura del machete». A partir de 1893 compartió la dirección de México con el presidente-rey Porfirio Díaz y pudo, con sus gestiones, darle figura de tecnocracia al gobierno porfírico, de capitalismo moderno a la economía porfiriana, de ciencia a los estudios sobre la naturaleza y el hombre, y de realismo a la literatura y al arte. Según sesudas opiniones, si en 1907 los científicos le hubieran cedido el bastón de mando a los modernistas y si no hubiesen vivido tan distantes del pueblo, otra suerte les habría tocado, que no la del desalojo a patadas. La historia de los científicos no tiene buen comienzo ni *happy end*, pero sí un periodo de buena disipada vida. La gente de aquella aristocracia fue de gesto majestuoso y pausado, de baja emotividad, de mucha acción

y poco sensible a las vueltas del tiempo; hombres de textura flemática y distante; figurines de levita y sombrero hongo.

---

* Tomado de Luis González, *La ronda de las generaciones,* en *Obras com-pletas,* t. VI, Clío/El Colegio Nacional, México. (Previamente en Sepochentas.)

Contenido



ALBA Y OCASO
DEL PORFIRIATO

Guiado por la amena y lúcida prosa de uno de los mejores historiadores de México, el lector de estas páginas se volverá testigo de una época definitoria del México contemporáneo: el ascenso y la consolidación del régimen de Porfirio Díaz, cuya paulatina devastación provocó la primera revolución social del mundo en el siglo XX.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ÍNDICE